

Edición especial

MARZO 2026

REPENSANDO

La Educación



CUENTOS DE NAVIDAD



Manuel Ferrer Muñoz
(Coordinador)

REVISTA DIGITAL
REPENSANDO LA EDUCACIÓN
ISSN: 2744-8754 (En línea)
Edición especial
Marzo de 2026



**AQUÍ encuentra edición especial en
línea**

Foto portada: Canva

ÍNDICE

- 01 **PRÓLOGO**
Gladys Elisa Salas C
- 02 **PRESENTACIÓN**
Manuel Ferrer Muñoz
- 07 **SÉNIORES**
- 07 **JACINTA LA MASCOTA**
Manuel Ferrer Muñoz
- 13 **EL BOSQUE PLATEADO**
Aikaterini Vergetaki Peirasmaki
- 19 **UNA NAVIDAD EN CALMA**
Manuel Ferrer Muñoz
- 23 **PIRATA**
Freddy Mondragón Giraldo
- 27 **JESÚS NO SE HA ESCAPADO
DE LA NAVIDAD**
Manuel Ferrer Muñoz
- 31 **UNA MASCOTA EN
NAVIDAD**
Jacqueline Murillo Garnica





- 36 **JÚNIORES**
- 37 **TODO DESEO TIENE SU ESTRELLA**
Lidia Muñoz Almahano (16 años)
- 41 **LA NAVIDAD ENTRE REJAS**
Josemaría Ferrer Cardona (13 años)
- 45 **UNA NAVIDAD DE LOCOS**
Paula Allo Castro (10 años)
- 49 **JORGE EN UNA GUERRA LOCA**
Juan Manuel Ferrer Cardona (10 años)
- 51 **SU NAVIDAD EN PELIGRO**
Magda Antich García (10 años)
- 53 **NIEVECITO Y GALLETITA EN SUS AVENTURAS**
Jerónimo Aguirre Morales (10 años)
- 55 **UNA GRAN AYUDA**
Giovanni Ceratto (10 años)
- 57 **EL PERRO RAPERO**
Alberto Ferreiro Corral (8 años),
en colaboración con Tatiana
Corujo Otero (52 años)
- 59 **OVEJAS QUE HABLAN DE JESÚS**
Lucia Ceratto (8 años)

PRÓLOGO

Autora: Gladys Elisa Salas Cerquera

Ilustraciones: Canva

La escritura de este prólogo fue una generosa invitación de Manuel Ferrer, quien concibió la maravillosa idea de recopilar cuentos inéditos de autores, ya sean novatos o experimentados, de diversas edades, a partir de la convocatoria 'Un cuento de Navidad'.

En esta recopilación se logró una diversidad de voces y experiencias, ofreciendo al lector una rica variedad de perspectivas y relatos ambientados en la Navidad. Este proyecto no solo busca entretener, sino también tocar el corazón y la mente de quienes se adentran en sus páginas.

La revista Repensando se enorgullece de ser parte de esta iniciativa, que no solo promueve el talento literario, sino que también celebra la capacidad de los cuentos para inspirar y unir a las personas.

Los invito a descubrir, sentir y sumergirse en el espíritu de las obras de los autores, capturando un poco de la vida que contienen. Y les propongo que se permitan encontrar un refugio de esperanza y conexión, un lugar donde la imaginación y la realidad se fusionen para crear momentos inolvidables.



PRESENTACIÓN

Autor: Manuel Ferrer Muñoz

Ilustraciones: Canva

Ha llegado el momento de acometer el impulso final que permitirá visibilizar el trabajo de un selecto grupo de personas —mujeres y hombres y niños de ambos sexos— que secundó la propuesta del Club de Escritura Creativa de Cee (La Coruña, España) de reunir en una misma publicación, en formato electrónico, textos de fabulación en torno a las fiestas navideñas.

Es justo que, antes de seguir adelante, agradezca a Gladys Elisa Salas Cerquera, directora general de la revista *Repensando la Educación*, su generosa y cálida acogida cuando le propusimos que se dedicara un número monográfico de esa publicación periódica a nuestra colección de cuentos. Éstas fueron textualmente sus palabras entusiastas cuando escuchó el proyecto que le presentamos: “¡me parece una idea genial!”.

La convivencia en la misma publicación de textos de escritores maduros, con un prestigioso historial a sus espaldas de producciones literarias, y de escritos de niños que se asoman por vez primera a la letra impresa, no constituye en modo alguno una falta de respeto a los primeros; así lo previeron las Bases de la Convocatoria, con la finalidad de exhibir ante los lectores la riqueza de una tertulia literaria en la que todos tienen algo que decir y que aportar, porque todos compartimos el mismo

potencial: imaginación, ilusión por transmitir lo que llevamos dentro, humildad para aprender de los demás, capacidad de asombro al adentrarnos en el contenido de los otros cuentos incluidos en esta selección.

Al remitir a la revista *Repensando la Educación* el material recopilado tras la convocatoria que lanzamos en noviembre de 2025, considero un privilegio haber podido disfrutar esta experiencia, que me ha permitido empaparme de sensibilidades tan diversas, no sólo derivadas de las notables diferencias de edad entre unos y otros autores, sino también relacionadas con sus procedencias geográficas (Colombia, España, México, Francia, Italia) y orígenes nacionales.

El testimonio de un abuelo, orgulloso del empeño de su nieta de diez años durante el proceso de creación del cuento, habla por sí mismo de lo que ha significado para muchos niños esta primera incursión en la escritura creativa: “a mí me enternecía cómo me lo iba contando conforme se le iba ocurriendo la idea. ¡Más linda es!”.

Jerónimo, con sus diez añitos a cuestas y el apoyo incondicional de su tía Adriana, fue el más madrugador en hacernos llegar las aventuras de Nievécito y Galletita, que desvelan cómo la amistad es la mejor cura contra la soledad.

Alberto, a su corta edad —ocho años recién cumplidos, pletóricos de vitalidad, arrojo y confianza en sí mismo—, obtuvo el apoyo de Tania, la mamá, que se avino a compartir autoría con él; y también logró implicar a su hermana Iara, magnífica dibujante. Lidia y Paula, mellizas de dieciséis años, acordaron repartirse el trabajo: Lidia redactaría el cuento, y Paula se ocuparía de la ilustración. La mamá, ‘directora y fan de esa orquesta’, se ocuparía de retarlas, acompañarlas, animarlas y felicitarlas. El resultado, espléndido, está a la vista.

Manuel ha disfrutado enormemente con Josemaría (trece años) y Juan Manuel (diez años), revisando sus textos e incorporando a los cuentos redactados por ellos numerosas referencias —divertidamente distorsionadas— a sucesos y experiencias vividos en familia, o a noticias de prensa comentadas en casa que acabaron por colarse en estas páginas. Largas conversaciones entre Manuel y Josemaría, enmarcadas en el contexto de un reciente traslado de domicilio de Málaga a Cee —una localidad de la costa de Galicia muy distante de la Costa del Sol—, con los retos y sorpresas que comporta semejante vivencia, han servido de base para ‘Una Navidad en calma’, donde la ilusión y la realidad se dan la mano amistosamente. A Juan Manuel le bastó un chocolate con churros en el Café-Bar Central de Cee, compartido con su papá, para hilar el guión de ‘Jorge en una guerra loca’, un alegato contra la guerra y contra los prejuicios.

El papá de Giovanni (diez años) y de Lucia (ocho años) no se amilanó por el reto que representaron las exigencias

de su labor profesional, muy demandante de tiempo; el ajeteo de una familia de tres hijos de cortas edades, y la irrupción sucesiva e inoportuna de algunos trastornos de salud en su hogar, y perseveró en la tarea de ayudar a los chicos a rematar sus escritos: “los niños estaban felices de hacerlo y lo que han escrito fue con corazón y alma”.

¿Y qué decir de la actitud perseverante de Paula (diez años), siempre secundada de cerca por la compañía de sus papás, y siempre tenaz en su labor en el taller del Club de Escritura Creativa? Habíamos trabajado mucho y con perseverancia desde que arrancaron las sesiones de ese taller, y semanalmente revisábamos cuentos que salían pausadamente de sus manos como resultado de ese aprendizaje. Cuando le propuse tomar parte en esta convocatoria, se limitó a aceptar, sin añadir más comentarios. Ya en enero, apenas retomada la actividad del taller, se presentó con tres hojas de papel escritas a mano en las que plasmó una emocionante historia: el sorprendente desenlace de la celebración de la Navidad en el seno de una familia que, en vísperas de la Nochebuena, recibe una orden de desahucio y ha de mudarse precipitadamente a la vieja y solitaria casa de los abuelos fallecidos el año anterior.

Y, si atendemos a las aportaciones de los adultos que han querido poner sus granitos de arena en esta obra colectiva, será el caso de destacar las espléndidas muestras de realismo que contienen los cuentos de Jacqueline Murillo y Freddy Mondragón,



ambientados en la cotidianidad de las gentes sencillas de Colombia, que encuentran su contrapunto en el texto que nos presenta Aikaterini Vergetaki sobre El Bosque Plateado, un pueblo que ha perdido el sentido de su propio ser, y que resurge por obra y arte de un milagro que hará posible que, “incluso en la oscuridad, el ser humano siga siendo capaz de encontrar el camino hacia la luz”.

Poco se me ocurre contaros de Manuel Ferrer —a quien no acabo de conocer del todo a pesar de convivir con él durante setenta y dos años—. Sí hablaré en su defensa para justificar que se incorporara al libro un cuento —‘Jacinta la mascota’— cuya extensión rebasa la establecida en las Bases de la Convocatoria. Invocaré en su favor que el texto estaba escrito con anterioridad, y que Manuel sigue emocionándose con esa historia ambientada en Benamocarra, una localidad de la Axarquía malagueña en la que recalaron él y su familia, una vez terminada su estancia de seis años en Ibarra (Ecuador), donde nació Juan Manuel, que comparte protagonismo en el cuento con la cerdita Jacinta. Si añadido a todo esto su condición de coordinador de este libro, comprenderéis que hicimos bien en guiñar un ojo y aprobar la excepción.

La deuda de muchos textos recogidos en este libro con la lectura de cuentos infantiles protagonizados por animalitos se aprecia en el desfile de unos cuantos de ellos por estas páginas: el amistoso lobo Manuel y sus amigos, los otros lobos disfrazados de renos de Papá Noel; el gato Félix, participe con su familia humana en un

precipitado viaje de Corcubión a O Cebreiro; Jacinta, la ‘cerdita milagrosa’, que se convertirá en mascota de Juan Manuel; el cochinillo que recibe Gabriel como regalo de Nochebuena; el perro rapero y sus amigos, los perros detectives; Luna, la muy querida mascota de Josemaría y de Juan Manuel; el perrito que acompañaba a la Virgen María antes de la Anunciación; El Fugitivo, un topo escapado de un penal, que se unirá a la familia de Josemaría y Juan Manuel en calidad de mascota; Pirata, un perrito llamado así por el parche negro que lleva en un ojo, como explica a sus nuevos amigos María, la niña que acaba de mudarse a la cuadra donde viven todos ellos; o las ovejas charlatanas que informan a los Reyes Magos del nacimiento de Jesús en Belén. Y, por supuesto, como es natural, no faltan el buey ni la mula del Portal de Belén, los mejores y más fieles asistentes sanitarios del Niño Dios.

Tal vez habría que preguntarse por qué la frecuente presencia del reino animal en los cuentos infantiles, que no es una novedad reciente condicionada por campañas publicitarias o por la conciencia cada vez más honda de que hay que respetar el equilibrio de los ecosistemas. En algunas narraciones, incluso, los animales juegan un papel decisivo mostrando cualidades orientadas al bien común, como es el caso de La Conferencia de los animales de Erich Kästner, tal y como destacan Antonio Mateos Jiménez y Humildad Muñoz Resino en un interesante ensayo.

Al interrogante que planteamos arriba podríamos responder con dos

explicaciones, entre otras muchas posibles: de una parte, el contacto con los animales facilita al niño el descubrimiento de su entorno natural de un modo afectivo y lúdico, y despierta en él la conciencia de respeto a los seres vivos; y, en segundo lugar, las características propias de las diversas especies animales proporcionan espejos arquetípicos de la conducta humana: la bravura del león, la astucia del zorro, la fidelidad del perro, la mansedumbre de la oveja...

Hasta aquí estas páginas introductorias, redactadas con la intención de rendir un modesto homenaje a los autores de los cuentos que os presentamos en esta recopilación, y de animaros a que disfrutéis de su lectura, pensando que detrás de cada escrito hay una cabeza pensante y un corazón amoroso que durante un tiempo anduvo dando vueltas a la historia que quería entregaros para ayudaros a pasar un buen rato y proporcionaros unos sorbitos de felicidad.



Manuel Ferrer Muñoz

Doctor en Filosofía y Letras.

Autor de 23 libros, 30 capítulos en libros, 90 artículos y 51 ponencias en Congresos. ferrermuma@gmail.com.

*Puedes saber más de nosotros en mi blog:
<https://redinvestigadoresidentidadesnacionales.wordpress.com/>*





JACINTA, LA MASCOTA

Autor: Manuel Ferrer Muñoz

Ilustradora: Paula Muñoz Almahano

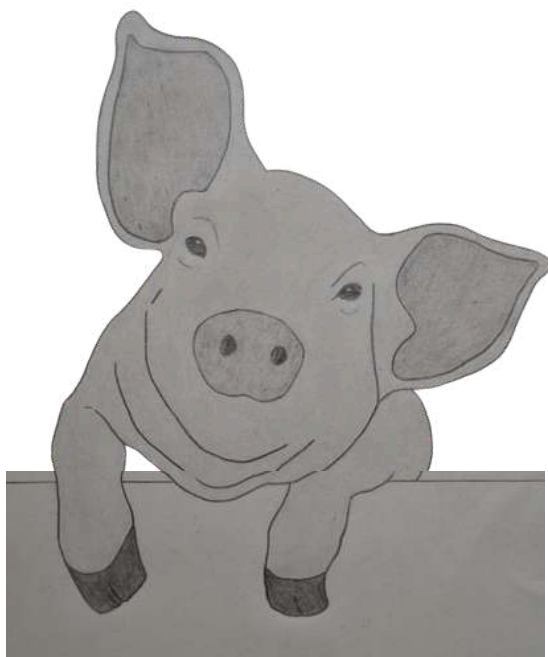
Juan Manuel escuchó hasta el final, con los oídos y los ojos muy abiertos, el relato de su mamá sobre la primera y única vez que se había escapado del hogar familiar, con sólo dos años. Y concluyó que resultaba vergonzoso que a sus siete años, recién cumplidos, nunca se hubiera enfrentado a solas con el mundo hostil. De modo que, sin más deliberación, amparado en las sombras nocturnas, casi a tientas, agarró su vieja y preciada maleta de falso cuero y, con la tenue luz de su vieja linterna de soldado, empezó a cargar el equipaje imprescindible: cepillo y pasta de dientes, una barra de desodorante de papá, un recorte de una toalla de baño de la playa, unas cuantas monedas de 50 céntimos, tres rollos de papel higiénico, cinco calzoncillos, su osito Canelo, una mantita y una provisión abundante de pasas, chocolate y frutos secos, por si en algún momento se requería disponibilidad de energía instantánea.



Cerró tras de sí la puerta de la calle, llenó sus pulmones del aire fresco de la noche que muy pronto daría paso a la alborada, ahogó un suspiro y atravesó sigilosamente el pequeño antejardín. Llegado a la cancela que daba a la calle, se detuvo un instante para observar el cielo que, aunque todavía oscuro, daba señales de que no tardaría en clarear. Al alcanzar la calle, dudó si enfilar a izquierda o derecha. Alzando un dedo mojado en saliva, y conociendo la dirección del viento, tomó a la derecha, calle Solidaridad abajo. Cuando dejó atrás el Campo de Fútbol, pensó que lo mejor sería girar a la izquierda e internarse campo a través, sorteando boñigas y cagarrutas, cristales rotos y pinchos, rumbo al huerto donde tantas veces había ido a jugar con su familia. Si acaso le vencía el sueño, se trataba de un lugar seguro para echar una cabezadita y continuar la marcha, con paso decidido, hacia ningún lado.

De improviso surgió un pequeño bulto tras unos matorrales. Niño y bulto se miraron con ojos asustados. El niño reconoció en el bulto a una linda lechona de color rosáceo; y la cochinita intuyó que tenía ante sí a un niño: al menos eso le pareció, pues nunca había visto a uno tan de cerca. Al mutuo sobresalto siguió curiosidad mutua por averiguar quién se había cruzado en el camino que el otro llevaba. Así, pues, llegó la hora de las presentaciones.





—¿Tú quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Jacinta y he llegado a este lugar dando tumbos, después de haberme caído de una camioneta en que viajaba con mis hermanas.

—Mi nombre es Juan Manuel, pero si me llamas Juanma te ahorras trabajo. Acabo de escaparme de mi casa para conocer mundo. Y te advierto que los cerditos como tú corréis peligro entre mi gente. Me daría pena que te ocurriera algo, porque tienes cara de buena cerdita; pero quédate tranquila, que yo te cuidaré si me prometes ser mi mascota.

—Hecho. Pero... ¿cómo se es mascota?

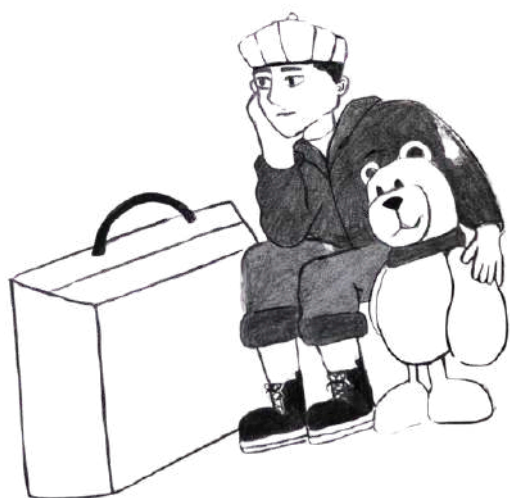
—Vosotras las chicas preguntáis demasiado. Además, no puedo explicarte gran cosa, porque nunca he tenido mascota; pero aprenderás con la práctica. Mira, lo primero será andarse con cuidado, para que nadie te vea y quiera encajarte una manzana en el hocico para que así aparezcas más sonriente. Camina detrás de mí, sin alejarte. Si veo moros en la costa, te avisaré.

—Bueno, pero, ¿por qué la manzana en el hocico para mostrarme más sonriente, qué son los moros y qué es la costa?

—Lo dicho. Habláis las chicas más de la cuenta. Con tanta cháchara, no tardará en ponerse el sol, y no quiero pasar la noche al raso. Acamparemos en Plaza Calvario, en pleno centro del pueblo; pero confía en mí, que ya he pensado un plan para que no llames la atención ni corras peligro. Envuélvete con esta mantita y, si nos cruzamos con alguien, pon cara de bebé humano. Una vez que lleguemos, enseguida entraremos en calor bajo la pérgola y el toldo que han instalado en la plaza, abrigados por la mantita y el papel higiénico, para que nos tomen por una bolsa llena de basura. Pero deberemos dar un buen rodeo, porque no puedo arriesgarme a pasar cerca de mi casa, no vaya a ser que me echen el lazo. Temo, además, que hayan pegado fotos mías en las paredes del pueblo con el letrero de SE BUSCA.



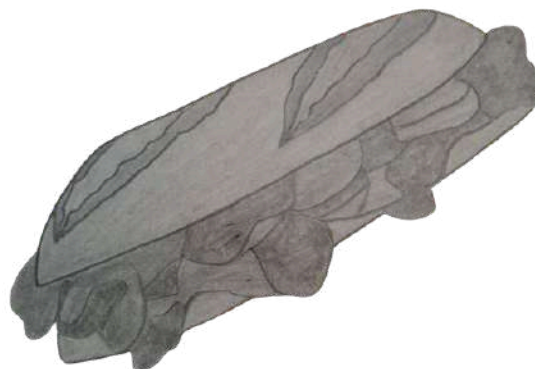
Aclaradas la ruta y las razones por las que se imponía un desvío para alcanzar sin excesivo riesgo la plaza principal del pueblo, Juan Manuel y Jacinta, bien avenidos y en perfecto orden de batalla —el niño delante, seguido por la cerdita disfrazada de bebé—, por si surgía algún imprevisto, acometieron la empinada cuesta de la calle Agricultores. El peso de la maleta y la responsabilidad de velar por su mascota iban restando energías a Juan Manuel, que no lograba evitar miradas furtivas en dirección a su casa, que quedaba a mano derecha del camino que seguían, a pocas manzanas. El niño sentía una gran congoja en su corazón al imaginar el drama que estaría desarrollándose en su hogar; pero había asumido una misión que debía cumplir: y salvar la vida de su mascota justificaba los más heroicos sacrificios.



Para darse ánimos y engañar las tripas, que protestaban por la falta de alimento, Juan Manuel echó mano de la escasa ración de pasas, chocolate y frutos secos, que, repartida a medias con su mascota (menos el chocolate, que está prohibido a los chanchos), se volatilizó enseguida. Y, cuando su resistencia parecía vencida, y su pensamiento empezaba a coquetear peligrosamente con la idea de rendirse,

abandonar la empresa y a Jacinta, y remedar la historia del hijo pródigo que había oído contar a una catequista de la parroquia, sobrevino una visión tan estupenda que tuvo necesidad de pellizcarse para estar seguro de que no se trataba de un espejismo.

Al acometer el último tramo de la calle Agricultores, cuando casi se deja atrás el anfiteatro contiguo al Polideportivo, hay a mano derecha un muro de escasa altura que delimita el recinto. Los transeúntes, cansados por la inmisericorde cuesta arriba, suelen sentarse en ese poyete a reponer fuerzas mientras contemplan el espléndido paisaje que se vislumbra desde lo alto. Pero quiso la fortuna que ese día reservara una sorpresa inesperada para el bueno de Juan Manuel: allá, delicadamente acomodado sobre una amplia y pulcra servilleta de papel, reposaba el más hermoso bocadillo de jamón serrano que había contemplado en su vida. El niño lo examinó con arrobó; luego miró de refilón a Jacinta y, sensible como era, comprendió que debía evitar un sufrimiento innecesario a su mascota, que, a fin de cuentas, podía ser pariente más o menos próximo del marrano reconvertido en jamón. Pero el bocadillo había atrapado su mirada y gobernaba sus pensamientos.



—Jacinta, es costumbre del pueblo que la primera vez que se visita el anfiteatro hay que dar una vuelta al ruedo con los ojos cerrados, recordando los viejos tiempos en que estas piedras formaban parte del graderío de la cancha de fútbol. Y las tradiciones mandan. Cumple el ritual, y tómate tu tiempo, mientras yo acabo de planear las próximas horas.

La cerdita, como mascota entendida, se puso a la tarea. Y antes de que hubiera dado diez pasos, a su trotecito lento, Juan Manuel engulló el bocadillo, arrebatado por el hambre y por el noble propósito de ahorrarse unas explicaciones que sólo podían entristecer a Jacinta.

—Juanma, ¿sigo dando vueltas? Empiezo a marearme ya. Además, estoy muertecita de hambre y me parece que no me alcanzarán las fuerzas para llegar a esa plaza donde dices que vamos a dormir.

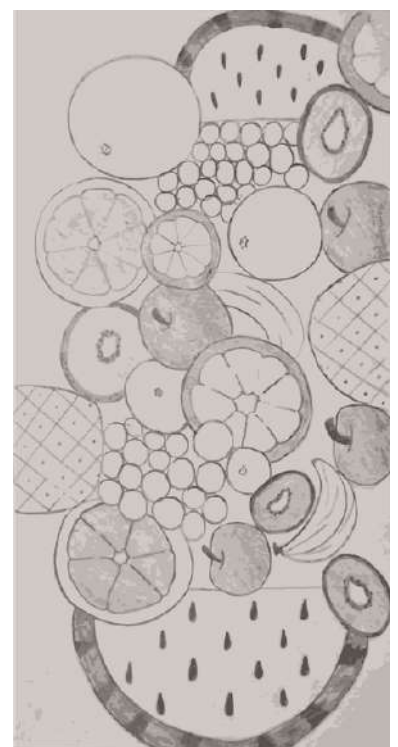
El zarpazo de la mala conciencia afligió a Juan Manuel. ¡Agotadas las provisiones de la maleta y volatilizado el bocadillo de jamón caído del cielo, había dejado desatendida a Jacinta, como si las mascotas desconocieran lo que son las ganas de comer! Acudió de pronto a su memoria el recuerdo de la leyenda sobre las propiedades prodigiosas del viejo graderío, de las que tanto había oído hablar sin prestar mayor atención a lo que hasta ese día había despreciado como un cuento chino. Se sobrepuso a su escepticismo, y se encomendó a la fuerza de las tradiciones para no dejar morir de hambre a Jacinta.

—Haz lo que yo te diga, sin rechistar; y, sobre todo, sin pronunciar palabra y sin abrir todavía los ojos. Diez pasos hacia delante. Giro a la izquierda, y otros diez pasos a la izquierda. Alto. Giro a la

derecha. Otro giro a la derecha, y cinco pasos hacia atrás. Ahora da la vuelta, abre los ojos y sírvete todo lo que contenga la cajita que verás sobre el muro... si hubiera una cajita sobre el muro —en su interior, Juan Manuel dudaba de la energía mágica de aquel rincón del pueblo, que nunca hasta entonces había llamado su atención. Muchas veces había jugado al fútbol en la pequeña explanada situada al pie de las gradas, pero nunca se le ocurrió inspeccionar las alturas ni tomarse en serio una historia que solía desdeñar como consejas de viejas.

Juan Manuel no se atrevía a mirar hacia el lugar que él mismo había indicado a Jacinta; pero, tímido y vacilante, dirigió sus ojos a la carita de la mascota, toda regordeta, que podía contemplar de perfil. ¡Sonreía! Armado con el valor que le insufló esa expresión de contento, giró el cuello hacia el sitio donde se había prendido la alegre mirada de Jacinta, y divisó una cajita cubierta por una servilleta de papel, pulcra y amplia, como la que envolvía el bocadillo de jamón que generosamente se había cruzado en su

camino, hacía unos instantes, para acabar en su barriguita. Estirando el cuello, descubrió con asombro que la caja contenía una macedonia de manzana, pera, naranja, sandía, melón, plátano, piña, uvas y arándanos, que, según decía su libro de ciencias naturales, era, después de las bellotas, el manjar preferido por los cochinos.



Renovados los ánimos y con nuevos bríos, enseguida y antes de la hora prevista alcanzaron la Plaza Calvario, donde les esperaba una sorpresa colosal que a punto estuvo de provocarles cortes de digestión y aflojarles las tripas: el espacio que Juan Manuel había elegido para pasar una noche íntima, abrigadita y discreta, sin ruidos ni molestos acompañantes que pudieran poner en peligro a Jacinta, se hallaba convertido en centro de reunión donde se había congregado medio pueblo alrededor de un belén viviente cuyos personajes empezaban a llegar y a buscar acomodo en la cueva improvisada junto al quiosco, alrededor de María y de José que, previsoramente, se habían adelantado a pillar sitio portando un cochecito de bebé con su Niño Jesús y todo.

No tardó Juan Manuel en percatarse del peligro en que se hallaba la lechoncita, que, si no actuaba con diligencia, podía acabar transformada en embutidos que se despacharían en La Comuna y en el Bar María, los dos establecimientos de comidas de la plaza, que en diciembre hacían su agosto.

Convencido de que el disfraz de bebé no colaba, y de que los tres rollos de papel higiénico resultarían insuficientes para cubrir el rechoncho cuerpo de Jacinta, que, tumbado, parecía una montañita, Juan Manuel acometió, frenético, la toma de decisiones, e introdujo a Jacinta en el portal, junto al buey y la mula, frente a María, José y el Niño. Rodeaba a la Sagrada Familia una legión de pajes de Reyes Magos, de pastores y de gallinas que, asustadas, levantaban a su alrededor auténticas nubes de plumas.

A juzgar por la ausencia de camellos, los Reyes Magos iban a hacerse esperar un poquito más. En ese belén viviente ningún niño se había avenido al papel de caganer, que comportaba la pública exposición del trasero, por lo que faltaba también ese importante personaje.



Jacinta, mascota aplicada y comedida, se dejaba llevar sin rechistar, y observaba todo con creciente atención. Apreció el buen criterio con que el buey y la mula se pusieron a organizar los turnos que les permitirían dar calorcito al Niño Jesús con el aliento de sus hocicos, sin que ninguno de los dos tuviera que realizar un esfuerzo excesivo. Como Jacinta no era nada vergonzosa ni retraída, les felicitó por el acuerdo, tan razonable, e incluso se ofreció a colaborar en esos relevos, tan necesarios en una noche de perros como aquella.

La algarabía que reinaba en la plaza no impidió que, poco a poco, fuera corriéndose la voz de lo que algunos empezaron a considerar un milagro: ¡una cerdita emulando al buey y la mula en su preocupación amorosa por el chiquillo medio muerto de frío que lloraba en brazos de María ante la mirada impotente de José!



Juan Manuel no pudo resistirse a lo que le inspiraba su corazón, por más que la cabeza adujera acobardadas razones de prudencia que rechazó. Y, sin excesivas reflexiones, echó a correr cuesta abajo por la calle La Pava para anunciar el portento a su familia, como habían hecho los pastores de Belén unos cuantos siglos antes. Y sus padres, aturdidos por sus voces y su exaltación, no tuvieron más remedio que seguir al niño, que repetía una y otra vez: “¡venid a ver a Jacinta, la cerdita milagrosa!”.

Ya en la plaza, la congregación de vecinos era tal que acercarse al belén constituía una proeza. Pero Juan Manuel arrastraba a sus padres, y éstos a Josemaría, hermano de Juan Manuel, mayor que él y por eso más sensato, que se había visto involucrado, sin saber cómo ni por qué, en la imprevista peregrinación nocturna al portal de belén. Cuando

estuvieron todos ante el pesebre cayeron de rodillas, arrobados por la beatífica sonrisa de Jacinta, cuyos sonrosados carrillos exhalaban aire tibio sin cesar, al margen ya de los turnos establecidos con sus compañeros de pesebre para caldear el ambiente de la cueva donde acababa de nacer Jesús.

¿Hará falta que os confirme que esa misma noche Juan Manuel logró que sus padres aceptaran una mascota en casa, que esa mascota se llamaba Jacinta, y que a nadie se le ocurrió reñir al niño aventurero por haber abandonado el hogar sin pedir permiso?



Manuel Ferrer Muñoz

Doctor en Filosofía y Letras.

Docente universitario, director, coordinador e investigador. Autor de 23 libros, 30 capítulos en libros, 90 artículos y 51 ponencias en Congresos. ferrermuma@gmail.com.

Puedes saber más de nosotros en mi blog: <https://redinvestigadoresidentidadesnacionales.wordpress.com/>

Paula Muñoz Almahano

*Ilustradora
16 años. Málaga (España), Colegio Puertosol*

EL BOSQUE PLATEADO

*Autora: Aikaterini Vergetaki Peirasmaki
Ilustraciones: Canva*

El pueblo se llamaba El Bosque Plateado, y sin embargo su nombre sonaba como una promesa incumplida. Nadie recordaba con certeza por qué lo habían bautizado así; solo el bosque, que lo rodeaba por todos lados, parecía conservar su memoria. Sus árboles se alzaban como guardianes silenciosos del tiempo, con raíces hundidas profundamente en la tierra, del mismo modo que los recuerdos en el alma de las personas. Se decía que, antaño, cuando la nieve cubría sus ramas, el bosque resplandecía como un espejo del cielo, y aquel fulgor plateado no era solo luz, sino memoria: la memoria de quienes habían vivido, amado y compartido aquel mismo lugar. Entonces, la luz en el Bosque Plateado tenía peso y sentido. Nacía de la luna, de las lámparas de las casas, de las miradas que se cruzaban en las calles. Era una luz que reconfortaba, que mostraba el camino, que recordaba a los hombres quiénes eran

y qué se debían unos a otros. Era, sin que lo nombraran, el reflejo de sus valores.

Pero a medida que las personas se alejaban entre sí, la luz fue cambiando de naturaleza. Una luz azulada y fría comenzó a derramarse por las ventanas, sustituyendo a las llamas y a las miradas. Iluminaba todo, excepto lo que realmente importaba. Iluminaba rostros inclinados, ojos cansados, almas que habían olvidado mirar más allá de la superficie. Y el bosque, cargado de recuerdos que ya nadie escuchaba, permanecía alrededor del pueblo como un libro abierto que nadie leía. El Bosque Plateado seguía existiendo, pero entre sus raíces y sus luces algo se había perdido: el vínculo entre la memoria y los valores, entre el pasado y el presente. Y, aun así, en lo más hondo de su silencio, el pueblo seguía esperando el momento en que la luz verdadera volviera a encontrarse con el bosque —el momento en que los hombres recordaran.

Por las noches, cuando todo se aquietaba y el pueblo se sumergía en un silencio que nunca era del todo absoluto, el bosque que rodeaba el Bosque Plateado parecía respirar con mayor intensidad, como un ser vivo que no duerme. Su respiración no se oía, pero se percibía: en el leve crujir de las hojas, en el modo en que las ramas se inclinaban en la oscuridad.



El viento pasaba entre ellas como una lectura lenta y cuidadosa de un manuscrito antiguo, hojeando las memorias del lugar página a página. Y si alguien se detenía lo suficiente, creería escuchar palabras —no palabras claras y completas, sino fragmentos, restos de vida: risas de niños que corrían antaño por los patios, pasos sobre la nieve recién caída, voces que resonaban alrededor de mesas sencillas, colmadas de afecto.

Era la memoria del lugar la que hablaba, no para reprochar, sino para recordar. Una memoria paciente, profundamente arraigada como las raíces de los árboles, que unía lo que parecía perdido. No exigía regresar al pasado ni idealizaba lo que había sido; solo pedía no ser olvidada, que los lazos entre quienes vivieron y quienes viven ahora permanecieran intactos, y que la cadena de la experiencia mantuviera firme el presente.



El bosque no gritaba. Esperaba. Guardaba las historias como semillas listas para germinar si alguien, aunque solo uno, se inclinaba a escucharlas. Porque, como saben todas las cosas antiguas, la memoria no se pierde cuando calla, sino cuando deja de encontrar un corazón dispuesto a reconocerla. Pero la gente ya no escuchaba. No porque no hubiera sonidos, sino porque había aprendido a vivir sumergida en ruidos artificiales, en notificaciones que reclamaban sin descanso su atención, en imágenes que se sucedían con tal rapidez que nada permanecía el tiempo suficiente para echar raíces. Las palabras perdían su peso incluso antes de ser pronunciadas; las miradas resbalaban sobre los rostros sin detenerse; y el silencio —aquel que antes engendraba pensamiento y comprensión— se había convertido en un simple vacío entre dos ruidos. Las conversaciones se volvieron breves, casi utilitarias, como mensajes enviados para confirmar presencia, pero no esencia. Las relaciones, privadas del tiempo que la confianza necesita para crecer, se volvieron frágiles, listas para quebrarse ante el menor peso.

Los días se llenaban de actividades, obligaciones e imágenes, pero al final dejaban tras de sí una sensación de vacío, como un libro lleno de páginas sin palabras.

La plaza, que antaño había sido lugar de encuentro, espacio de intercambio de historias y risas, se había transformado en un simple lugar de paso. La gente la cruzaba apresuradamente, con la mirada baja, como si temiera encontrarse con alguien que le pidiera detenerse, hablar, recordar.

Y allí, en su centro, el árbol seguía adornándose cada año, fiel a su cita con las estaciones. Pero parecía ya un símbolo sin lectores, una palabra escrita en una lengua que nadie intentaba aprender.

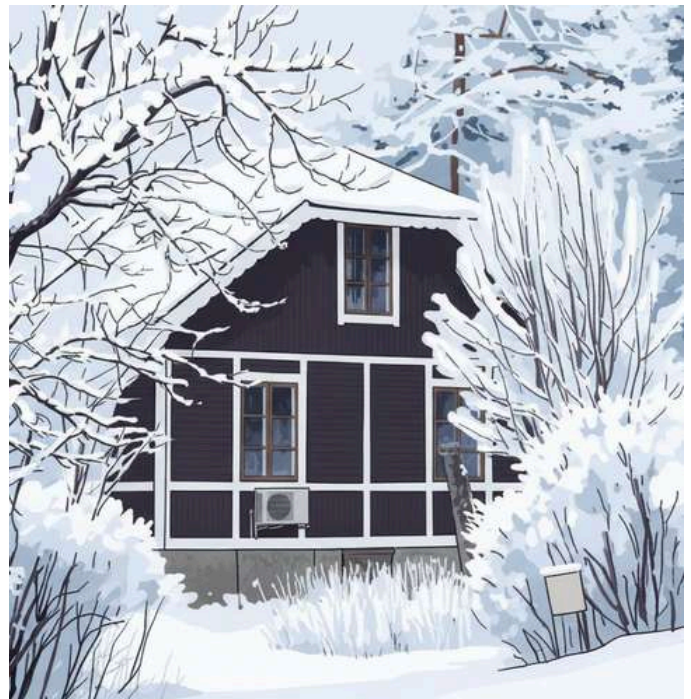
El abuelo Jacobo era de los pocos que todavía caminaban despacio. No por debilidad del cuerpo, sino por una elección consciente de la mente y del corazón. Había aprendido con los años que lo verdaderamente valioso no soporta la prisa; que las palabras necesitan tiempo para decirse, las personas para comprenderse y los recuerdos para asentarse.

Su paso era medido, casi ritual, como si quisiera resistir a un mundo que corría sin rumbo. Cada tarde seguía el mismo recorrido por necesidad: pasaba por la plaza, se detenía frente al gran árbol y apoyaba la mano en su tronco, saludando a un viejo amigo. Ese contacto silencioso recordaba a Jacobo que algo aún perduraba, pese a los cambios y las pérdidas.

Luego avanzaba hasta el borde del bosque, donde permanecía quieto un instante, dialogando con recuerdos sin palabras pero con peso. Escuchaba el viento, observaba las ramas y dejaba que el tiempo transcurriera sin medirlo. Sabía que el bosque recordaba los rostros que se habían ido, las historias no contadas y los valores antiguos. En ese saber encontraba consuelo: mientras exista al menos uno que recuerde, nada se pierde del todo; solo espera ser escuchado de nuevo.

La víspera de Navidad, el cielo descendió temprano, como queriendo acercarse a la tierra. Las nubes cubrieron pesadamente el Bosque Plateado y la noche llegó antes, pensativa. El pueblo encendió sus luces mecánicamente, sin alegría ni expectativa. Tras los cristales, las pantallas brillaban una tras otra, y una luz azul, suave pero fría, cubría todo como un velo, ocultando los matices de la vida y nivelando alegrías, penas, rostros y silencios.

Era una luz sin profundidad ni raíces, que nacía y se apagaba con solo pulsar un botón, sin memoria ni continuidad. No reconfortaba, no unía, no alcanzaba el bosque; quedaba atrapada dentro de las casas, igual que las personas que permitían que los iluminara.



Fue entonces cuando Jacobo encendió su farol. La llama titiló con timidez, como si se preguntara si aún tenía razón de existir. Por un instante pareció a punto de apagarse, y luego se afirmó, pequeña pero decidida. No era una luz poderosa ni deslumbrante. No cubría grandes distancias, pero iluminaba exactamente lo necesario.

Era una luz que llevaba en su interior algo de esos valores difíciles de perder: la paciencia, la presencia, el cuidado. Y al extenderse en silencio por la plaza, parecía recordar al pueblo que, incluso en la oscuridad más densa, basta una pequeña llama constante para volver a encontrar el camino.



Al mismo tiempo, en la casa de Nicolás, el tiempo había perdido la medida. Ya no avanzaba; giraba sobre sí mismo, atrapado en la repetición de los mismos gestos y sonidos. El juego continuaba sin pausa, las imágenes se sucedían con vértigo, y el mundo fuera de la pantalla se había convertido en un decorado lejano, como un dibujo desvaído tras un cristal. La voz de su madre llegaba cada vez más débil, fragmentada, como si atravesara no solo muros de hormigón, sino muros de indiferencia. Sus palabras se perdían antes de convertirse en sentido.

Y entonces, de pronto, oscuridad. Las pantallas se apagaron sin aviso. Los sonidos se cortaron a mitad del aliento. El silencio cayó con peso, no como amenaza, sino como una pregunta que exigía respuesta. Por primera vez, Nicolás se sintió incómodamente solo. No asustado —solo. Un vacío se abrió en su interior, como una habitación cuya existencia acababa de descubrir.

Levantó la mirada y observó a su alrededor. La habitación seguía allí. Las sombras eran familiares, los objetos estaban en su sitio. La casa existía. Y afuera, más allá de la ventana, algo lo llamaba en silencio, insistente, como un aliento que espera ser escuchado. Se puso el abrigo y salió a la plaza.

El aire olía a invierno y a leña quemada. Las calles estaban tranquilas, envueltas en esa serenidad que solo tienen las noches poco antes de Navidad. Y entonces lo vio: el viejo farol en medio de la plaza. Su luz no cubría la oscuridad; la atravesaba, como si la comprendiera, como si la respetara.

Y allí, a su lado, estaba el abuelo Jacobo, envuelto en su abrigo, con la mirada puesta no en la luz, sino en lo que la rodeaba, como si escuchara algo invisible.

—¿Por qué no tienes miedo de la oscuridad? —preguntó Nicolás, rompiendo el silencio. El anciano sonrió; una sonrisa lenta, profunda, cargada de memoria.

—Porque la oscuridad recuerda lo que necesita la luz —respondió con calma.

Se inclinó y tocó suavemente el farol.

—La luz no está hecha para expulsar la oscuridad, Nicolás. Está hecha para mostrarnos el camino cuando todo parece perdido.

Nicolás miró la luz de otra manera. No brillaba con fuerza; permanecía firme. Y dentro de él, algo comenzó a calentarse. Tal vez —pensó— la Navidad no sea solo luces y pantallas. Tal vez sea ese instante en que aprendes a levantar la mirada.

Se sentaron juntos, al principio en silencio, como reaprendiendo a compartir el espacio sin pantallas ni distracciones. Poco a poco comenzaron a llegar otros, al principio tímidos, con pasos inseguros. Un anciano trajo una vela, protegiendo la llama con las manos, y alguien más tarareó una vieja canción que pronto se unió a otras voces. Una mujer habló por primera vez en mucho tiempo, compartiendo miedos y esperanzas que había ocultado, y aquella confesión abrió un camino: las palabras comenzaron a fluir y las personas recordaron lo que significa escuchar y ser escuchado.

La luz se multiplicaba. No nacía de lámparas ni de cables, sino de la presencia. De las miradas que se encontraban. De silencios que no separaban, sino que unían.

Y entonces, como si hubiera oído ese llamado tácito, el bosque de El Bosque Plateado pareció acercarse. No con pasos ni sonidos, sino dentro de la conciencia de las personas. Los recuerdos se desprendieron de las raíces y subieron a la superficie, como el agua que vuelve a encontrar su cauce. Recordaron quiénes habían sido antes de aprender a vivir con prisa, antes de olvidar por qué se necesitaban unos a otros.

Cuando regresó la electricidad, nadie se apresuró a volver a casa. Las pantallas se encendieron, pero permanecieron mudas. Por primera vez, no tenían nada urgente que decir. Habían perdido —aunque solo fuera por un instante— su poder.

Nicolás tomó la mano de su madre. La sostuvo con fuerza, no por miedo, sino como una promesa. El abuelo Jacobo apoyó el farol en la raíz del árbol. La llama siguió ardiendo con calma, como si por fin hubiera encontrado su lugar.



Y el Bosque Plateado volvió a iluminarse. No por las pantallas, sino por los valores. No por una memoria nostálgica, sino por una memoria viva. Por personas que recordaron.

Porque, al final, las luces más verdaderas no se encienden con un interruptor. Se encienden cuando el bosque de la memoria se encuentra con la luz del corazón.



Y entonces se volvió evidente para todos: la Navidad no pertenece a calendarios, símbolos ni religiones. Pertenece al instante en que el ser humano se detiene y se vuelve hacia el otro. Al momento en que la generosidad vence a la indiferencia, en que el silencio se transforma en escucha, en que la luz no se impone, sino que se comparte.

En cada rincón del mundo, con nombres distintos y relatos diferentes, la Navidad sucede cada vez que alguien recuerda que no está solo. Cada vez que una comunidad renace a través de la solidaridad, la dignidad y el cuidado mutuo.

Y quizá ese sea el mayor milagro de todos: que, incluso en la oscuridad, el ser humano siga siendo capaz de encontrar el camino hacia la luz —no solo para sí mismo, sino también para los demás.



Aikaterini Vergetaki Peirasmaki

Doctora y posdoctora en ciencias de la educación y literatura, es profesora de lengua y literatura francesas en Francia, con una trayectoria internacional y plurilingüe respaldada por una sólida formación investigadora y participación en congresos.

Su labor académica se centra en la ecocrítica —la relación entre literatura, ecología y educación— y en la inteligencia artificial aplicada a la enseñanza, desde una perspectiva ética, desarrollando prácticas pedagógicas que integran lenguas, escritura y educación con un fuerte compromiso con la creatividad y la voz individual.

UNA NAVIDAD EN CALMA

Autor: Manuel Ferrer Muñoz

Ilustrador: Juan Manuel Ferrer Cardona

Me llamo Josemaría —así, todo junto, sin que María permita que la separen de José—, y tengo 103 años, es decir que me he colado en este libro. Y lo cierto es que, cuando me dijeron que había un límite de edad de 99 años, pensé en hacer alguna trampilla; pero no hizo falta, porque los editores me explicaron que eran flexibles y buena gente y que no se fijarían en mi fecha de nacimiento. Además he de confesar que el tiempo no pasa por mi familia al mismo ritmo que en las demás: como somos un poco acelerados, cuando los niños que nacieron el mismo día que yo cumplían años, yo les sacaba varias decenas.

Bueno, ya conocéis mi edad: 103 años. Os falta saber que mido 1,64 cm, lo que en el país donde nací se consideraba una estatura media; pero, con el tiempo, la gente empezó a crecer y crecer, y las cosas se volvieron difíciles para los medianos.

Hace unos años, cuando era un poco más joven, me dediqué un tiempo a la política; y no me fue mal del todo, gracias precisamente a mi altura. Me explico. Aburrido de vivir entre gente más alta que yo, me trasladé a los Países Bajos, donde fundé un partido político, el BR (Bajitos Resultones). Después de ir de cabeza de lista en siete campañas consecutivas, ganamos las elecciones. Sin comerlo ni beberlo me encontré de presidente de

gobierno en un país de bajitos inteligentes. Pero no había pasado año y medio cuando me dio una bajona de ánimo, y me retiré de la política para recuperar el bajo, mi instrumento de música favorito, con el que llegué a ser moderadamente famoso tocando con La Blues Band de Granada.

Casi todo lo que he conseguido en mi vida, a la que aún le quedan bastantes vueltas más alrededor del sol, se lo debo a mi señor padre, que siempre me inculcó la Calma, la Paciencia y la Tranquilidad. Os contaré cómo discurrió mi aprendizaje, logrado en buena parte a base de tropezones y de la intercesión de dos santos muy milagrosos.

Recuerdo que, en una de las primeras oraciones que aprendí de memoria, se invocaba a San Plácido, uno de los protagonistas de esta historia. Todavía retengo el estribillo, que se repetía después de cada estrofa: “Oh, San Plácido bendito, / inmutable en los jaleos, / el más guapo entre los feos, / enséñame poco a poco / a que vaya despacito / en este mundo de locos”. Esa oración, la de San Tranquilino (“San Tranquilino, clemente: /que sea siempre buena gente”), y otra que dirigíamos a San Roque eran tres de mis predilectas. Aunque no venga a cuento en este libro de cuentos, os diré cómo canturreábamos esta última plegaria con una música muy pegadiza: “Oh, so;



oh, so; oh, soberano San Roque, / arre, arre, arrepentido a tus pies, / danos, danos, danos un puro encendido, / un puro encendido amor hacia ti. / Haznos, haznos, haznos partícipes / de tu inmensa beatitud”.

Como papá, además de buen cristiano, era aficionado a la poesía, solía reforzar el rezo a San Plácido y las jaculatorias a San Tranquilino con la recomendación de Antonio Machado: “Despacito y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas”. Y, como además de cristiano y aficionado a la poesía, papá era historiador, un día sí y otro también nos soltaba el mismo latiguillo: “no se tomó Zamora en una hora”, que, según nos explicaba, tenía su origen en el cerco de esa ciudad en el año 1072 por un rey de Castilla enfadado con su hermana Urraca, a la que había correspondido el señorío de Zamora cuando murió el padre de ambos, Fernando I.

Tendría yo setenta años cuando superé la primera prueba de fuego en la asignatura de Paciencia, aunque debo reconocer humildemente que se trató de un éxito pasajero, y que por culpa de mi hermano Juan Manuel la nota media en Paciencia bajó de un modo alarmante en los siete cursos de educación en casa que siguieron. Pero prefiero entretenerme más en los éxitos que en los fracasos; además, cuando se pasa del siglo de vida se han acumulado tantos fracasos que, si tuviera que hacer la lista, el cuento se convertiría en una historia interminable (como la de Michael Ende, ¿eh, listillos?).

Un buen día de un muy caluroso verano andaluz, tomamos la decisión (por

mayoría absoluta, de 4 a 0) de irnos a vivir a Galicia. Se trataba de un proyecto pacientemente madurado por mi señor padre durante largos años que, por fin, se haría realidad. Hasta ahí, todo normal, ¿verdad? Pues no, listillos: aquello estuvo a punto de servirnos para licenciarnos en Paciencia, aunque el tiempo nos descubriría que aún nos faltaba camino por recorrer. Y voy al grano. Iríamos a Galicia, sí, pero alcanzaríamos la meta a pelo, con ayuda de un instrumental básico: brújula, pico y pala; la brújula, para no perder el norte, y el pico y la pala, para cavar un túnel que nos condujera desde la playa de Calaceite (en Torrox, Málaga) a la ría de Corcubión, entre el cabo Finisterre y la desembocadura del río Xallas.

El que la sigue la consigue, dice el refrán popular. Y después de un seguimiento de veinte años de pico y pala, tras un último golpe con el pico, se abrió ante nuestros ojos la playita de La Concha, en Cee. Pero, como habíamos sido muy discretos, nuestra llegada pasó inadvertida. No hubo ni banda de música, ni cohetes, ni discursos de hermanamiento entre Cee y Benamocarra. No faltó, sin embargo, una visita a la iglesia, para dar gracias a Dios y escuchar la lectura del Libro de Job que papá reservaba para las grandes ocasiones. A petición de los niños, San Plácido y San Roque tuvieron también su reconocimiento. Y también a petición de los niños, pasados unos días, llegó una mascota entrañable al jardín de nuestra casita de Cee: un topo recién escapado de un penal, al que llamamos El Fugitivo, que avivaría siempre en nosotros el recuerdo de la Gran Travesía Subterránea.

Sabíamos muy bien, porque así nos lo explicaron desde los primeros días en Cee, que debíamos ejercitar la famosa triada –Calma, Tranquilidad, Paciencia –, y que habría que ir paso a paso en el proceso de hacer nuevas amistades, pues en Galicia hay menos prisas que en la alocada Andalucía que habíamos dejado atrás. Aunque lo cierto es que yo no había interiorizado esa enseñanza, y nada más llegar empecé a buscar amigos a izquierda y derecha, delante y detrás. Una vez más, mi señor padre –también mi señora madre– tenía razón.

Sobrevino entonces una honda decepción, que me apartó momentáneamente del círculo de amistades que había ido trenzando poco a poco. Sixto, uno de los líderes de esa pandilla, propuso excavar un túnel para escaparnos del colegio durante las clases de Historia, que aborrecíamos. Todos aprobamos el plan y yo ofrecí mi asesoramiento, dada mi experiencia en este tipo de trabajos. Me respondieron que cómo yo, que era el último mono, el que menos tiempo llevaba en el colegio, me atrevía a proponerme como candidato para asumir una responsabilidad tan grande. Ante ese desdén me enfadé muchísimo y me crucé de brazos. Y en esa posición permanecí los tres meses que duró la excavación del túnel.

Ni siquiera quise sumarme a la expedición el día en que el túnel quedó listo. Justo antes de que llegara al aula el profesor de Historia, mis amigos se escurrieron por el túnel, y en un plis plas todos ellos habían desaparecido como por arte de magia.

Lo que vino después fue un completo desastre. Perdieron el norte (también el sur, el este y el oeste) y, cuando según sus cálculos atolondrados, habían



llegado al puerto de Brens y rompieron un terraplén que debía abrirles paso a un futuro luminoso, colmado de escapatorias de las aburridas clases de Historia, se encontraron en el centro de un estrecho patio semicubierto atestado de gente. Enseguida se desveló el enigma: en lugar de desembocar en el recinto portuario cercano al colegio, habían cruzado la ría de Corcubión para culminar una travesía laberíntica en el mismísimo cuartel de la Guardia Civil de Corcubión, en el preciso instante en que la subdelegada de Gobierno pronunciaba un discurso para celebrar el término de las obras de remodelación de las instalaciones, en presencia de los alcaldes de los concellos de la ría y del coronel jefe de la Guardia Civil en la provincia de La Coruña.

Los prófugos atrapados se libraron por los pelos de comparecer ante el Juzgado de Menores, porque ninguno había cumplido los catorce años, pero la Guardia Civil, de acuerdo con la dirección del colegio y con los padres, les impuso un castigo ejemplar: durante el resto de curso académico dedicarían dos horas diarias, por las

tardes, a la limpieza de alcantarillas y al mantenimiento de fosas sépticas.

Hasta ahí llegaron mis planes de salida con mis amigos. Y ahí se frustraron también mis ilusiones de hacer amigos que me hicieran olvidar al aventurero y siempre animoso Dani, que había llenado mi vida de emociones fuertes durante las incursiones subterráneas en que nos embarcaba a mi hermano y a mí por los alrededores de Benamocarra. El atroz panorama de una dilatada espera que se abría con el castigo de mis todavía recientes amigos exigió prácticas intensivas de Paciencia y Calma, monitoreadas por mi padre, que siempre nos alentaba con palabras a las que era imposible resistirse: “no se tomó Zamora en una hora”...

Se sucedieron a partir de entonces varios retos de papá, con los que quería probarnos: carreras de 50 y 100 metros con obstáculos y sin ellos, recorridos en bici por carreteras llanas y empinadas, partidos de paddle. Nos ganaba siempre, pero el margen de ventaja fue disminuyendo, hasta que, con mucha Calma y Paciencia, empezamos a ganar algunos desafíos. Nuestro rendimiento mejoraba con el tiempo, al mismo ritmo que decaía el suyo.

El tablero de ajedrez continuaba siendo el muro donde una y otra vez se estrellaban nuestros anhelos de conquistar el último insalvable reducto, aparentemente invencible, siempre defendido con eficacia por un sonriente papá, atrincherado en sus últimas posiciones defensivas, que una y otra vez nos marcaba el camino: Tranquilidad, Paciencia y Calma.

Y llegaron las Navidades, y con ellas las lluvias y las ventiscas; y horas y

horas encerrados todos en casa, jugando, leyendo, viendo tele, cantando villancicos... Tras sucesivas y desmotivadoras derrotas de ajedrez, llegó la tarde del 28 de diciembre. Decidí que, en homenaje a los Santos Inocentes, y con el patrocinio de San Pánfilo y San Tranquilino, había llegado el día de derrocar al maestro. Y lo reté. Nos sentamos frente a frente en la mesa del comedor, tablero de por medio. Reinaba el silencio. Hasta las perritas parecían contener el aliento. Papá esbozaba su habitual media sonrisa, que yo le devolvía maquinalmente, con la mirada clavada en el tablero. Yo jugaba con las negras, como de costumbre. Recordaba las consignas tantas veces repetidas: “¡Calma, Josemaría!, ¡ni un paso en falso!, ¡que nada te distraiga!”; y, casi sin darme cuenta, fui cobrando piezas y arrinconando al Rey de las blancas, amenazado de muerte y sin escapatoria por mi Reina, un Alfil y una Torre.

Cuando dejó caer a su Rey, papá se me acercó, me dio un abrazo de oso, y reconoció la derrota con una sonrisa espléndida: “¿Ves? Todo era cuestión de esperar el momento, con Calma y Paciencia. Ahora disfruta por vez primera la Tranquilidad que da el saber que no hay obstáculo invencible para el que confía en sí. Y nunca lo olvides: *“Violenti rapiunt”*.”

Manuel Ferrer Muñoz

Doctor en Filosofía y Letras.

Docente universitario, director, coordinador e investigador. Autor de 23 libros, 30 capítulos en libros, 90 artículos y 51 ponencias en Congresos.
ferrermuma@gmail.com.

Puedes saber más de nosotros en mi blog:
<https://redinvestigadoresidentidadesnacionales.wordpress.com/>

Juan Manuel Ferrer Cardona

Ilustrador

10 años. Cee (La Coruña, España). Colegio Plurilingüe Manuela Rial Mouzo

PIRATA

Autor: Freddy Mondragón Giraldo

Ilustraciones: Canva

La gente celebra con alegría la llegada de la electricidad, después de un largo daño en la planta eléctrica de la ciudad. La voz del locutor, con entusiasmo anuncia: —Ya llega, ya llega, pronto, pronto. Deja el suspenso y continúa la programación musical de la emisora. Durante ese día y los días consecutivos, proclama con euforia la llegada del mes más alegre de abrazos y risas.

En la televisión también se habla del momento por venir, de ese mes en el que todos los corazones se llenan de hechizos. Treinta días más, y habría llegado diciembre.

—¿Vieron en la tele las nuevas muñecas que vienen para diciembre? —pregunta Juliana brincando ante sus amigas, con una sonrisa que ilumina casi todo su rostro.

—¡Sí! —contestan a coro amigas y amigos.

—¿Y ustedes también quieren jugar con muñecas? —vuelve a interrogar Juliana a sus amigos, que la contemplan con los ojos abiertos por la sorpresa de una invitación tan loca.

—¡No!, nosotros solo queremos balones, pistolas o carros —contesta Julián, riéndose.

Entre las nubes se divisa un barrio de casas humildes, de pobladores que vienen de diferentes lugares huyendo de la más voraz pobreza o de la guerra.

Sembraron sus casas en un terreno baldío, lleno de polvo y de color blancuzco, en un pueblo situado a la orilla de una carretera. Muchos escombros y residuos de la gran ciudad son desechados cerca del pueblo. Se descubre una arquitectura de sueños de poseer algo propio realizados; fachadas de casas hechas de retazos de residuos que aún tienen utilidad y son aprovechados por los habitantes para construir sus refugios; puertas hechas de tejas o maderas de diferentes formas; ventanas donde los vidrios están sustituidos por plástico o cartón. Los oficios habituales de sus pobladores son el reciclaje o la construcción, aseadoras de casas o vendedoras en el centro de la ciudad. Los niños y las niñas juegan libres: así se ensucian con el polvo que levanta la carretera, no dejan de reír.

—¿Cómo van a decorar sus casas? —pregunta Roberto al combo de sus amigos.



—Vamos a reciclar botellas de plástico, pintarlas y colgarlas en el árbol de navidad que mi papá encontró en el reciclaje —responde con entusiasmo David.

—Mi madre hace aseo en una casa y le regalaban unas lucecitas, esas que brillan de varios colores, porque los dueños compraron unas nuevas —añade Ángela.

—Nosotros vamos a pintar la casa, vamos a cambiarle el color a las tablas que se están descascarando —comenta Alejandra.

Los días van marcándose en el calendario, el entusiasmo de los chicos crece más, están a punto de salir de vacaciones de la escuela. La mañana está asoleada, un cúmulo de nubes se pasea por el cielo, el ruido de los motores de los grandes camiones inunda de ecos el barrio. Después de que niños y niñas hayan regado con agua los pequeños arbustos que han sembrado, suena el timbre que indica que el recreo ha finalizado. Algunos se quedan para arrojar maíz a las palomas que hay en el patio de la escuela.

—Niños, vamos para adentro, que ya terminó el descanso —les dice con voz amorosa, Carmen, la joven y nueva profesora que ha llegado para dictar las clases de cuarto de primaria.

—Niños y niñas, ¿qué van hacer ahora que llega diciembre con sus vacaciones?, ¿qué les gusta de diciembre?

—A mí me gusta visitar a mi abuela, cuando hace manjar blanco para vender, me gusta el olor y ese sabor

dulce diferente a otros dulces... ¡Ah!, y me gusta raspar la olla, cuando mi abuela ha llenado todos los mates para vender —interviene Sergio, lamiendo un bombón.

—A mí me gusta el sabor de la natilla combinada con los buñuelos —añade Margarita, bostezando.

—A mí me gustan los villancicos y el aire alegre de la gente —se ríe, contento, Antonio.

—Bueno, ok, necesito que imaginen ideas para adornar el salón, voy a apuntar en el tablero todas las ideas que salgan y elegimos las más apropiadas para decorar el salón —dice la profesora Carmen, cogiendo una tiza y caminando hacia el tablero negro.

Después de varias ideas, se escogen las sencillas de realizar y que no requieran tener que comprar cosas, todo lo que se utilice tiene que ser reciclado, cada estudiante ya tiene asignados los elementos que han de traer para adornar el salón.

—Ahora, queridos niños y niñas, les enseñaré a hacer manualidades con papel, para que adornen en sus casas el árbol de navidad, les enseñaré a hacer animalitos en origami para el pesebre, y estrellas cortadas en papel para el árbol que pondremos en el salón. Bueno, alisten sus cuadernos, que ya es hora de regresar a sus casas —su joven profesora respalda sus palabras con una amplia sonrisa.

El grupo de amigos va por las calles destapadas, marcadas por el polvo que ha levantado al pasar un camión que se detiene más adelante. Del camión se

baja un trasteo, también descienden varias personas mayores, una niña y un perro juguetero. El sol brilla más, porque se posa en el cielo ya hecho diciembre; en muchas casas queda solo la última hoja del almanaque, y la música se hace decembrina.

En la radio comienzan los villancicos mientras durante un parón en sus juegos habituales un grupo de niños y niñas trata de ponerse de acuerdo en una idea.

—Tenemos que ayudar a nuestros padres y no pedirles regalos para el día de la Navidad —dice Juliana con un tono serio.

—Podemos hacer un año viejo, cantar villancicos y pedir dinero para comprarnos juguetes, muñecas, balones y carros —propone un Sergio inspirado.

—Ya sé —concluye Lorena con gran entusiasmo, abriendo sus grandes ojos marrones. —Hagamos un Papá Noel, y nos inventamos una historia, como de que está enfermo, y que necesitamos plata para llevarlo al hospital para que se cure, porque si no se cura no habrá Navidad ni regalos para nadie.

—Vamos al reciclaje, buscamos maderas, nos hacemos una carreta, y vamos a los demás barrios, y así podemos recoger más plata para los juguetes.

Todos se ponen a la tarea: unos buscan en su casa ropa vieja que ya no se utiliza para realizar el año viejo, y otros se dedican a buscar las maderas para fabricar la carreta.

—Ven para acá y juega con nosotros — invita Julián a una niña que es nueva en la cuadra.

—No sé, no los conozco —contesta la niña.

—Pues, si no juegas con nosotros, no nos conocerás —responde Sergio.

—Ven, no seas miedosa —anima Lorena.

—Es que no sé saltar la cuerda.

—No te preocupes, nosotros te enseñaremos cómo saltarla para que juegues con nosotros —sugiere Antonio, al tiempo que salta la cuerda.

—Vaya para la casa, Pirata —ordena la chica a su perro, que ha salido tras ella, feliz, moviendo la cola. Pirata es terco y no hace caso.

—Déjalo venir, que también le enseñamos a saltar la cuerda —suplica Isabela mientras todos se ríen.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Sergio, guiñando un ojo.

—María —contesta la niña con timidez.

—Qué perro tan bonito —dice Isabela acariciando la cabeza de Pirata.

—Es el perro de mis abuelos y mi bisabuela, son felices con él, lo recogieron de la calle todo desnutrido cuando era un cachorrito, y le pusieron de nombre Pirata, por el parche negro que tiene en un ojo —les explica María.



A la mañana siguiente, el grupo de amigos comenta a la profesora su idea de año viejo. Ella se ríe y les explica que va a enseñarles a cantar los villancicos. De regreso a la cuadra donde viven, se ponen al trabajo: rellenan el muñeco de aserrín que les regaló el carpintero del barrio, le cosen la cabeza y le pegan una barba hecha con tiras de papel.

—¿Qué hacen? —pregunta María al acercarse a sus nuevos amigos. Y ellos le cuentan la historia.

—Ven con nosotros —la invita Juliana.

—No puedo, mi madre tiene que ir al centro de la ciudad a vender los chontaduros que cocina en las noches. Otras veces trabaja haciendo aseo en casas, y yo debo entonces ocuparme de cuidar a los abuelos y a la bisabuela —dice María con una nota de tristeza.

La pandilla va por las calles de los barrios cercanos, cantando y haciendo ruido con tambores hechos de tarros.

—Tengan, chicos, este billete: quiero que Papá Noel se cure y me traiga mis regalos —sonríe un señor.

—Pobre Papá Noel, se ve muy enfermito, tomen para que se cure —les dice una joven.

—Ay no, no me voy a quedar sin navidad si Noel se muere, acepten este dinerito para que lo operen —les dice una señora.

Cada día se sienten más felices, mucha gente se acerca, se ríe y les colabora. Esta mañana va Juliana a la tienda y pasa por el frente de la casa de María, la ve en la ventana, muy triste y llorando.

—¿Qué te pasa María? —le pregunta Juliana con mucha curiosidad y preocupación.

—Es Pirata, ayer lo atropelló un carro cuando salió corriendo detrás de mamá. Mis abuelos y mi bisabuela están muy mal, porque quieren mucho a Pirata. Se le quebraron las dos patas traseras, y hay que operarlo. Mamá dice que no le alcanza la plata y que la única opción es dormirlo, y yo no quiero.

Llegó el día tan deseado, el 24 de diciembre, pero no hay balones nuevos, tampoco carros a control remoto, ni pistolas de agua para jugar a los vaqueros, no hay muñecas de vestidos bonitos y limpios, no hay ropa nueva que estrenar, ni collares, ni pulseras para que se adornen las chicas. Todos los amigos están en la casa de María, ansiosos. Llega un taxi, se baja la mamá de María con Pirata en sus brazos, un poco maltrecho y con sus patas enyesadas.

Esa noche es la más especial de sus vidas. Se celebra la última novena, y se cantan los villancicos. María les reparte a sus amorosos amigos pastel de chontaduro que ella les ha preparado. Pirata está en el centro de todos, lo miran y ríen de lo travieso que es. Y Pirata les agradece su generosa bondad meneándoles la cola.



Freddy Mondragón Giraldo

Egresado de Artes Plásticas del Instituto Popular de Cultura de Cali.

Ha dado a conocer sus obras en numerosas exposiciones desde el 2005 hasta la actualidad: Cali, Pasto, Miami...

Forma parte del Semillero de Investigación del Instituto Popular de Cultura de Cali.

También practica la poesía y la fotografía, y ha intervenido en recitales de poesía en Cali y participado en exposiciones de fotografía en la misma ciudad.



JESÚS NO SE HA ESCAPADO DE LA NAVIDAD

Autor: Manuel Ferrer Muñoz

Ilustrador: Josemaría Ferrer Cardona

Juan Manuel había oído decir que en casa de su amigo Álvaro no esperaban la visita de los Reyes Magos ese año: sus padres acababan de instalarse en Cee a fines de noviembre, y estaban tan ocupados buscando trabajo que se habían olvidado de entregar a tiempo en el Correo Real la carta a Sus Majestades que Álvaro les había entregado antes de la mudanza. Peor aún: habían extraviado la carta y sabían que ya llegaban tarde, como les había informado un empleado de Correos a quien preguntaron por el buzón de los Reyes Magos. Así lo explicaron entre lágrimas a su hijo. Y Álvaro, que era muy noble, los abrazó y los consoló; y con nadie compartió su pena, con excepción de Juan Manuel, que en pocas semanas desde que se conocieron se había convertido en su mejor amigo. Eso sí, el 6 de enero de 2026 los Reyes pasarían por Cee, sin advertir que en una vieja casita de la calle Rosalía de Castro había un niño que se quedaría sin regalos. Y nada podría cambiarlo.

Y, sin embargo, alguien iba a cambiarlo. ¿Hace falta que os diga el nombre de ese alguien?: ¡¡¡Juan Manuel!!!

El cerebro de Juan Manuel —Juanma para sus amigos, que eran casi todos los niños del pueblo de su edad y de la edad de Josemaría, su hermano mayor — se puso inmediatamente en funcionamiento cuando Álvaro le confirmó la triste noticia. Y, enseguida,

su cerebro consultó a su corazón. Deliberaron; y del debate salió la solución del problema, que consistía en una mentirijilla por una buena causa. Tenía que conseguir dinero para comprar regalos; una vez que hubiera reunido una cantidad razonable, trataría de averiguar qué había pedido Álvaro a los Reyes —operación sencilla, pues se consideraba muy hábil para tirar a otros de la lengua—; ya con el listado de las ilusiones de su amigo en mano, aprovecharía un viaje familiar a La Coruña para entrar a degüello en tiendas que estuvieran de rebajas, y, finalmente, se disfrazaría de paje de los Reyes Magos para colarse por una ventana en la casa de Álvaro en la noche del día 5, y dejar los paquetes de regalos junto al par de zapatos maltratados por el uso y el abuso de su gran amigo.

El primer punto del plan requería acción inmediata. Descartó rápidamente iniciativas locas: asaltar un banco (acababa de aprender en la catequesis que el séptimo mandamiento condenaba el robo; y eso sin contar con que las señoras de Caixabank eran muy amigas de su madre), anunciar en el periódico local que se abría una suscripción para financiar un regalo a un amigo suyo; vender la bicicleta de su hermano (ya le explicaría en su momento el motivo de esa operación financiera)... Por fin dio en el clavo: llamó a uno de sus amigos mayores, que repartía rifas para su viaje de estudios, y negoció



con él para quedarse con un porcentaje de las ventas con el propósito de atender una necesidad especial, secreta y muy buena. Su amigo lo creyó y le confió la venta de diez talonarios: quinientas papeletas en total.

Llegó el momento del gran reto, el mercadillo dominical de Cee: el tercer domingo del mes de diciembre, a sólo tres días de Navidad y quince de Epifanía. No se desalentó por el mal tiempo, habitual en esas fechas: una mezcla desagradable de viento, lluvia y frío. Se calzó sus botas (impermeables en tiempos mejores, aunque menos blindadas contra la humedad después de un año y pico de uso intensivo), y se vistió con sus mejores galas domingueras. Incluso se le ocurrió que si acomodaba su aspecto al de un vendedor de cupones de la ONCE muy conocido en Cee, y completaba ese atuendo con algunos efectos especiales, atraería más clientela: se mercó unas gafas de sol, tomó un bastón prestado de casa de su abuelo, y se ofreció en casa a sacar de paseo a su perrita Luna, a la que en secreto explicó en qué consistía el trabajo de una mascota lazarillo.

Desayunó a todo correr, pidió prestado unos euros para darse el capricho de un chocolate con churros a media mañana, y se escurrió sigilosamente hacia la puerta de salida de su casa, tratando de pasar inadvertido para ahorrarse preguntas delicadas sobre su peculiar caracterización de elegante ciegucecito.

Las impresiones que recibió nada más llegar al mercadillo no pudieron ser peores. Apenas había dado los primeros pasos entre la gente que se agrupaba en torno a los puestos más

cercanos al Café-Bar Central, cuando estuvo a punto de chocar con Xosé, un vecino del primer piso, el mismo que le había inspirado el disfraz que llevaba puesto. Una rápida finta le permitió rehuir la mirada extraviada de Xosé y mantener el anonimato; pero sí descubrió señales inquietantes de que iba a encontrar una fuerte competencia: Xosé lucía impecable con un abrigo que daba mil vueltas al viejo y sobado chaquetón que se había echado por encima para protegerse del frío y del agua; y, para colmo, junto al fajo de cupones que Xosé apretaba en una de sus manos enguantadas se entreveía un buen montoncito de billetes de diez y veinte euros.

Huyendo de Xosé casi tropezó con Mamadou, un senegalés gigantesco que vendía todo tipo de camisetas, artesanías y zapatillas que le colgaban del cuello, del tronco y de los brazos, y lo asemejaban a un escaparate ambulante. Mamadou le saludó con su eterna sonrisa de dientes blanquísimos, y hasta quiso venderle una ballenita de madera tallada por su abuelo que vivía en Saint Louis. Tan confundido se hallaba Juanma que estuvo a punto de empezar el regateo para bajar el precio. Recuperada la cordura, echó una rápida ojeada a la cartera de su amigo, que se veía repleta de billetes de varios colores. Y no pudo evitar un pensamiento angustioso: ¿no habrían copado entre Xosé y Mamadou la plata que los clientes del mercadillo pensaban destinar a juegos de azar y a chucherías?

Apartó esos pensamientos pesimistas, recordando al policía municipal que a las horas de entrada y salida de los niños del colegio Manuela Rial Mouzo da el alto o deja pasar a quien mejor le parece. Y optó por permitirse sólo

reflexiones estimulantes. Dicho y hecho. Su imaginación lo trasladó a casa de Álvaro, el día de Reyes, a primera hora de la mañana, y se vio a sí mismo camuflado como paje, huyendo por la ventana sin ser descubierto, con la satisfacción del deber cumplido.

Empezó entonces una frenética recaudación. Como por arte de magia, las papeletas de las rifas iban pasando a manos de la gente que llenaba el primer corredor del mercadillo, y las monedas de uno y de dos euros caían sin cesar en la mochila que Juanma cargaba en un costado. Esa felicidad estuvo a punto de empañarse cuando, al percibir el aroma del chocolate y de los churros, le asaltó una duda atroz: ¿y si destinara las moneditas reservadas para ese tentempié a la compra de regalos para Álvaro? Pero desechó esos miramientos y se dijo para sus adentros que, a fin de cuentas, la recarga de energías era una necesidad, y no un antojo.

Advirtió entonces que se abrían las puertas de la iglesia para la misa, y decidió darse un descansito junto a Jesús y agradecerle el éxito de su negocio, aunque con cierta mala conciencia: porque no le parecía del todo adecuado hacerse pasar por paje de un Rey Mago. Casi fue un hola y adiós, pues nada más sentarse en un banco, cerca del sagrario, se acordó del banquete de chocolate y churros que tanto le tentaba: y, aunque su conciencia le reprochaba con timidez su mezquindad por no renunciar al dinero que llevaba para su media mañana, en vez de destinarlo al fondo que esperaba reunir para los regalos de Álvaro, la llamada del hambre resonaba con mayor fuerza y se imponía a esos escrúpulos. Además, su reloj de pulsera le indicó que no faltaba mucho para el cierre del mercadillo. Debía apresurarse.

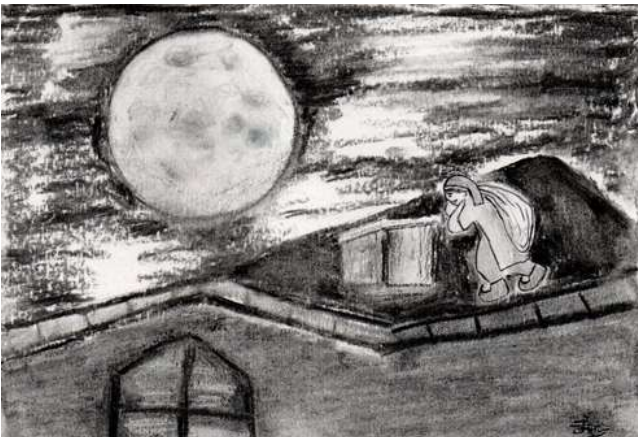
Como un resorte, Juanma se alzó del banco y enfiló el pasillo central de la iglesia, camino de la calle. Distráido en sus andares alborotados, casi tropezó con el monaguillo de escayola situado a la entrada, con una hucha en las manos para recibir las limosnas de los fieles. Se le vinieron a la mente tantas imágenes de personas pobres que iban a pasar las Navidades con la angustia de no poder ofrecer a sus hijos ni siquiera un techo, ni el calor de un hogar. Arrebatado como era, se puso a vaciar su mochila en la cajita que sostenía el monaguillo de escayola, hasta que se esfumaron todas las monedas de uno y de dos euros. Ya en el umbral de la iglesia, tanteó la bolsita donde guardaba la calderilla con que costear su festín de chocolate humeante y churros calentitos; se encaró otra vez con el monaguillo y, dando un suspiro, se deshizo de su contenido. No le quedaba ni siquiera un triste euro.

Instantes después, la ligereza de su mochila lo devolvió a la realidad. Había que empezar otra vez de cero. El tiempo escaseaba. Rastreaba en su memoria recomendaciones para liquidar pronto las papeletas de los talonarios que aún conservaba. Alguien le había dicho que, si lograba inspirar pena, el objetivo se alcanzaba en tiempo récord. ¿Funcionaría el truco? ¡Nada de eso! Durante un buen rato adoptó una expresión compungida y se exhibió ante mujeres y hombres que no miraban, que a lo sumo dirigían ojeadas torvas a su alrededor, reveladoras de desconfianza, hastío, indiferencia. Ninguna de esas personas reparó en Juanma, indiferentes a su disfraz de ciego y a su atenta perrita lazarillo. Abrumado por ese abandono, el niño concluyó que Jesús se había escapado de la Navidad.



¡Pero no podía ser! ¿Cómo iba a dar la espalda Jesús a la conmemoración de su propio Nacimiento? El espíritu de la Navidad vencería a los miedos, al cinismo de los brazos caídos, a la flojera de los miembros agarrotados por la ansiedad y los desengaños! Y Juanma, reanimado por esa certeza, dejó atrás aquellas sombrías meditaciones para adentrarse en su corazón, que le exigía regresar a la batalla y enterrar los malos augurios.

Un coro de viejecitas sonrientes, enfrascadas en las más divertidas conversaciones, confirmó a Juanma en lo acertado de su última premonición. Apenas lo divisaron rodearon al niño complacidas: algunas, las más melosas, revolvían su flequillo rebelde; otras hacían cucamonas a Luna y le ofrecían chuches perrunos, mientras el resto se ocupaba de acomodar la mochila que Juanma portaba en bandolera y de ir llenándola de billetes y monedas.



Quince días después, Juanma, vestido de paje de los Reyes Magos y con un enorme bulto a cuestas, trepa sigilosamente por una tubería que recoge el agua del tejado de la casa número 23 de la calle Rosalía de Castro, y se cuela por una ventana mal encajada. Es de noche, las vías están desiertas y nadie se ha cruzado en su camino. Ya en el interior de la vivienda

se asegura de que el silencio sea absoluto. Sabe de memoria dónde acostumbra Álvaro dejar sus zapatos durante la noche, y avanza despacio. Cuando cree haber llegado a ese rinconcito de la sala de estar, deja su cargamento en el suelo y enciende una linterna para poder acomodarse bien y deshacer el bulto donde trae los regalos para Álvaro. Lo que salta a la vista, con el haz de luz que arroja la linterna, le arranca un grito de asombro que, enseguida, ahoga con ambas manos: junto a los zapatos hay un enorme árbol decorado con mil guirnaldas y bolas de colores; y al pie del árbol, una montaña de regalos.

Es 6 de enero. A media mañana llaman repetidamente a la puerta. Juanma, sin saber lo que dice, encarga a Luna que abra. Ante la negativa de la perrita pretende delegar esa tarea en Josemaría, pero acaba por asumir su condición del más pequeño de la familia, y enfila el pasillo para facilitar la entrada al inoportuno visitante. ¿A quién se le ocurre venir de visita en plena mañana de Reyes? Suena el timbre una y otra vez, y alguien golpea la puerta con los nudillos. Cuando Juanma franquea el paso al impaciente, aparece la cara radiante de Álvaro, todavía en pijama, enfundado en una pelliza esplendorosa, calzado con unas botas impermeables, subido en unos patines de ruedas, y tocado con un gorrito de papá Noel.

Según cuentan los que saben, sí alcanzaron los Reyes Magos a visitar, con doble cargamento, la casa número 23 de la calle Rosalía de Castro.

Manuel Ferrer Muñoz

Doctor en Filosofía y Letras.

Docente universitario, director, coordinador e investigador. Autor de 23 libros, 30 capítulos en libros, 90 artículos y 51 ponencias en Congresos. ferrermuma@gmail.com.

Puedes saber más de nosotros en mi blog:

<https://redinvestigadoresidentidadesnacionales.wordpress.com/>

Josemaría Ferrer Cardona

Ilustrador

13 años. Cee (La Coruña, España). Colegio Plurilingüe Manuela Rial Mouzo

UNA MASCOTA EN NAVIDAD

Autora: Jacqueline Murillo Garnica

Ilustraciones: Canva

Pedro se persigna, luego de cerrar la puerta de la casa. Mira el horizonte y respira con cierto dejo de esperanza. Las nubes revolotean en el firmamento, y dos pirámides maltrechas se asoman en medio del sol que empieza a notarse, como invocando un nuevo día.

—Faltan tres días para el veinticuatro —se dice para sí, Pedro.

—Tengo que vender todos los marranos y pagar lo que me prestaron en la veterinaria. Bueno, del cuero salen las correas —vuelve a persignarse con la férrea convicción de vender todos los cerdos.

Han pasado dos horas, y Lorenza atisba el fogón para asar los dos últimos plátanos. Los voltea con precaución ayudándose con dos palos que hacen las veces de utensilios, para no quemarse con las brasas.

—¿Y si le digo a la comadre que me preste, mientras Pedro vende los marranos? Fijo que con la suerte que tenemos, me irá a decir que ese dinero es para los regalos de navidad de los sobrinos, que no sé qué y si sé más.... ¡Pamplinas! ¡Virgencita, usted nunca me ha fallado! Bueno, sí algunas veces, pero mejor que tenga mala memoria.

No es por porfiada, pero como madre que es, también debe saber lo que se siente que su hijo Jesús no haya tenido un solo regalo de navidad. Y fíjese, le llegaron los tres Reyes Magos con oro, incienso y mirra. ¡Ah! gran poder de Dios, que yo le pueda comprar la muda de ropa a los niños, y la mascota que quiere Gabriel.

—¡Isabel, Esteban y Gabriel, ya está servido el desayuno!

—¿Qué es? A ver, yo adivino —dice Isabel, que se conoce el menú de todos los desayunos.

—Plátano asado con chocolate —reta Isabel, porfiada.

—Agradezca, mijita, que tenemos para desayunar y repetir, hay muchos niños que ni siquiera pueden desayunar.

—Sí, señora amá —responden los tres pequeños al unísono.

Lorenza, que no omite detalle, recuerda a los muchachos que hay que lavar al Niño Jesús, porque se guardó con el polvo del año pasado. No vaya a ser que se coloque sucio. Pobre será, pero el Niño Dios es blanquito y terso como la porcelana.



—Pero amá, si el Niño Jesús nació en un pesebre donde posaban las vacas y los bueyes, no es que sea un lugar sin polvo, sin mugre. Ese sitio tenía paja sucia —Esteban, osado como es, corrige a la mamá, alza la voz para darse importancia, frunce el ceño y arruga la nariz con gracia para resaltar las condiciones de un pesebre.

—Digamos que fue así, pero justamente era un lugar muy sencillo, en el campo también. Ese niño es el hijo de Dios, y por eso nació allí hace más de dos mil años. Bueno, ya es hora de arreglar la casa, y no se les olvide buscar al Niño Jesús, lavarlo y ponerlo a secar, pues solo faltan tres días para la Navidad. Esta noche tendremos la novena con los vecinos de la finca de al lado.

—Sí, amá, ya nos dijo lo del Niño Jesús.



En el firmamento, las nubes empiezan a alejarse y el azul celeste se abre para dar paso al sol que ya se posiciona delante de las dos montañas. Pedro sigue sin tregua clavando el azadón en la tierra, y va dejando a un lado las plantas de papas todavía cubiertas de tierra. Lleva dos horas cavando y sabe que lo que ha recolectado da para tres bultos. Suspira y entona la canción navideña que escuchaba desde muy pequeña en el transistor de su abuelo Genaro:

Llegó diciembre con su alegría,
mes de parrandas y animación,
en que se baila de noche y día
y es solo juergas y diversión.

Se hace natilla, se hacen buñuelos,
se dan regalos en caridad.
Engringolados chicos y abuelos
hacen el árbol de navidad.

El marranito que había comprado
desde noviembre para engordar
ya de las patas bien amarrado
y vengan todos a chamuscar.

Nube de globos el cielo llena,
pólvora a chorro llena también,
y algunos novios en nochebuena
por chupar piña ni oyen ni ven.

Ya nació el Niño, ya tiene un diente,
ya siente ganas de caminar,
que traigan vino, ron y aguardiente,
porque toditos quieren bailar.

Toquen guabina, después el porro,
luego un merengue, cumbia al vaivén,
y que me toquen a mí un pasillo
y un bambuquito quiero también.

No se cansa Pedro de repetir una y otra vez la tonada. Algunas veces cambia las palabras por el silbido. Se siente alegre porque sabe que la cosecha de papa se venderá bien en el mercado y dará ganancias para la navidad.

En la casa, Gabriel, el menor y el más callado de los tres pequeños, solo tiene en su mente la imagen de su mascota. Se imagina dándole de comer, que corra con él por la pradera, que lo espere al llegar de la escuela, que lo acompañe a desayunar, que lo despierte temprano y él le acaricie el hocico.

Pedro se sienta encima de la piedra que marca el camino para la finca de don José, donde ha dejado a los marranos para engordar antes de venderlos para la navidad. Ya han pasado cinco horas desde que Pedro se puso a preparar las papas para que lucieran tentadoras en el mercado. Las ha limpiado de los residuos de tierra, les ha quitado las raíces y retirado las plantas que se colaron en el saco, y las ha organizado con criterio: en cada bulto ha dejado las medianas y más pequeñas en el medio, y el resto de cada bulto lo ha llenado con las papas de mayor tamaño.

Una sonrisa amplia que deja ver sus dientes estrechos ilumina el rostro de Pedro, que traduce una infinita alegría. Ya todo está prácticamente listo para los preparativos de la navidad: la venta de los bultos de papa y los cerdos, que de seguro son ventas fijas y a un buen precio.

Es la hora del almuerzo, y Pedro saca su portacomida, limpia la cuchara con el

trapo que cubre el recipiente, y empieza a degustar animosamente su platillo. Cada vez que eleva su cabeza y mira al cielo, le da gracias a Dios por ser la fuente que provee a su familia; goza contemplando a sus hijos, que son unos niños sanos, y se emociona con el cariño sin fallas de Lorenza. Desde ese lugar, en la piedra donde reposa su almuerzo, Pedro alcanza a ver parte de la cerca que divide las dos fincas, raídas.

—Menos mal que esos animales están al otro lado. Por fortuna la finca es grande y así don José me puede alquilar el sitio para los marranos.

—Bendito sea Dios —Pedro continúa su soliloquio y vuelve a mirar el firmamento, como si supiera que allá arriba lo están viendo y escuchando. Es su expresión favorita para comunicarse con Dios.

El día siguiente Pedro inicia su rutina, y esta vez más temprano que de costumbre. Debe sacar los marranos del corral de la finca de don José, para venderlos en el mercado. Esta misión requiere alquilar un carrito para llevar los animales hasta la plaza.

Pedro llega a la finca de don José, se saludan muy efusivamente. La alegría que produce saber que ya casi llega la Navidad y que las cosechas han dado su fruto es expresión de su agradecimiento al Creador. Y su sonrisa se refuerza con la certeza de que un buen premio está por caer en sus manos.



Don José lo saluda con estima y le devuelve una gran sonrisa.

—Así es bueno hacer negocios —le dice expresando su beneplácito.

Pedro, con la ayuda de don José, sube los animales al carrito. Algunos de ellos suben la rampa con cierta dificultad, ¡tan rollizos están! Los dos amigos se estrechan la mano y acuerdan verse para la celebración de la navidad en casa de Pedro.

En la plaza de mercado, Pedro logra vender el lote de cerdos al primer comprador.

—Son veinticuatro, mi señor —responde Pedro a la pregunta del comprador por el número de los animales.

El hombre echa un vistazo a los cerdos, ve que están regordetes y gozan de buena carne. Regatea el precio, pero advierte que no hay veinticuatro, sino veintitrés.

Pedro cuenta para cerciorarse de que el comprador se ha equivocado y no ha sumado bien. Cuenta uno a uno, y en efecto, hay veintitrés. Al saber que ya no son los veinticuatro que decía Pedro, el hombre baja el precio. Pedro asiente y concluyen la negociación.

El día ha llegado y en el hogar de Pedro el horno exhala un olor a viandas recién hechas, y los aromas se extienden por toda la casa. Las luces del árbol de navidad, acomodado sobre una pequeña mesa, titilan con sus diversos colores. Junto al árbol, el pueblo de Belén y, en sus afueras, el pesebre, que aguarda la llegada del Niño Dios.

También aquí hay lucecitas que iluminan montañas, casas, rebaños de ovejas. No falta un pequeño lago, de papel transparente, donde nadan diminutos patos. Algunas montañas están coronadas de algodón en las cumbres, semejando nevados. Otras figuras se destacan en el pesebre: moradores de Belén, pastores, pescadores, labriegos como Pedro y don José, leñadores.

Entre Isabel, Esteban y Gabriel han trazado un camino que cruza a través de un puente de corcho un río de papel de plata, y han puesto en él a los tres Reyes Magos, avanzando a Belén.

—¿A qué horas debo colocar al Niño Jesús en su cunita? —pregunta Gabriel, emocionado.

—Hijo, a las doce —responde Lorenza con especial ternura.

—Pero a esa hora llegan los regalos.

—Sí, pues los trae el Niño Dios. Así que todo es perfecto, como Dios, que ha creado el día y la noche en la tierra. A propósito: ¿ya tienen listas las cartas al Niño Dios?

—¡Sí, amá! —responden los tres de inmediato. Gabriel, con voz tímida, recuerda a la mamá que su mascota es lo único que desea de regalo de Navidad.

—¡Ah, Dios! ¡Qué niño tan testarudo! ¿Por qué no habrá pedido un juguete? ¡Pero una mascota, habiendo tantos animales en el campo.... —se le escapa un suspiro acompañado de un leve mohín de disgusto, casi imperceptible, que se dibuja en su cara mientras hace estas reflexiones para sí.

Ya cerca de la media noche, Gabriel se asoma por la ventana de la casa. Las luces de las casas de las fincas vecinas se encienden con los estruendos de la pólvora, y Gabriel fija su mirada en el camino que lleva a la casa, delineado por las rosas, los anturios blancos y las pequeñas matas. Un hociquito se asoma por uno de los arbustos, y Gabriel abre sus grandes ojos, para contemplar a un pequeño cerdo que se esconde tímidamente en la planta.

Henchido de emoción, Gabriel sale a su encuentro.

—¡Es mi mejor regalo de Navidad!



Jacqueline Murillo Garnica

Doctora en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca, Magistra en Literatura por la Pontificia Universidad Javeriana y Licenciada en Educación Básica Primaria. Es docente en educación superior en Bogotá y República Dominicana, y miembro de varias asociaciones literarias. Participa en un grupo de investigación en la misma universidad y ha sido jurado en concursos en IDARTES. Ha publicado poemarios, un libro de relatos cortos, una novela y un cuento.





TODO DESEO TIENE SU ESTRELLA

Autora: Lidia Muñoz Almahano

Ilustradora: Paula Muñoz Almahano

Cada día era más notable la Navidad, cada calle estaba inundada de decoraciones, y Bola sentía más y más el espíritu navideño.

—Mamá, papá, hay que montar el árbol ya, ¡la Navidad está a la vuelta de la esquina! —avisó el muñeco de nieve.

—Cuando lleguemos, lo pondremos —contestó su madre.

Esto emocionó a Bola, que llegó a su casa con la excitación de un niño de tres años cuando le dan su juguete favorito.

Desempaquetaron el árbol que llevaba guardado todo el año en el desván y, mientras lo montaban, su padre iba abriendo las ramas mientras que su madre y él se ocupaban de las decoraciones para el árbol. Sacaron una caja que estaba cubierta de polvo. Bola no pudo evitar un estornudo. Abrieron la caja y empezaron a colocar todos los adornos, hasta que se dieron cuenta de que faltaba lo más importante, ¡la estrella!

—¿Dónde está la estrella? No la encuentro en ninguna parte —se lamentó el muñeco de nieve, preocupado.

—Vamos a seguir buscando, a lo mejor está en otras cajas —lo consoló su padre.

Tras varias horas de búsqueda sin resultado alguno, Bola se deprimía cada vez más: ¿qué sentido tenía un árbol sin su estrella mágica? Triste, se fue a la cama, pues era bastante tarde y al día siguiente había quedado con su amigo, la galleta Lucas, y no quería estar cansado ya que iban a tener un maratón de películas navideñas.

A los pocos minutos cayó en un profundo sueño del que despertó en otro planeta que no había visto nunca. Miró por todos lados, buscando una mínima cosa que reconociera; pero no tuvo suerte, no sabía dónde estaba y eso le aterraba. Se quedó paralizado del miedo hasta que escuchó un ruido, y tras mucho dudarlo fue a investigar cuál era la causa de ese extraño sonido. Iba temblando, aterrorizado,



pero a la misma vez con una pizca de curiosidad. Entre la densa vegetación que lo rodeaba encontró a un viejo conocido, su amigo Lucas.

—¿Qué haces aquí? ¿Sabes dónde estamos? Tengo mucho miedo — confesó Bola en voz bajita y temblorosa.

—No lo sé, estoy igual de perdido que tú, acabo de despertar aquí y tiemblo de miedo. Lo único que recuerdo es que, después de haber estado montando el árbol, me retiré a mi cuarto, muy triste porque no encontraba la estrella. Me eché sobre la cama y me quedé dormido —explicó Lucas.

—¡Yo también! Justo hice lo mismo que tú —exclamó Bola.

El cielo comenzó a cambiarse de color, y el color azul poco a poco se fue difuminando hacia un tono rosado. Parecía un precioso atardecer. Lucas y Bola se quedaron embobados mirando al cielo durante un buen tiempo hasta que uno de los dos vio un cartel pegado a un árbol. Se acercó lentamente, lo agarró y leyó: “Lluvia de estrellas. Atrapa la tuya si puedes y se cumplirán todos tus deseos”.

Se miraron el uno al otro y releieron esas misteriosas palabras varias veces.

—Mira, Lucas, podríamos intentar atrapar una de estas estrellas para ponerlas en nuestros árboles. ¿No crees? —sugirió Bola.

—¡Sí, estaría bien! Pero no creo que podamos cogerlas desde aquí... — respondió Lucas algo desanimado.

Observaron que había una vereda que se adentraba en el bosque y la siguieron. Caminaron durante minutos que parecieron horas hasta que encontraron una cabaña. Llenos de curiosidad, entraron para ver si por casualidad había agua o algo de comida y, ya de paso, tomarse un pequeño descanso. Abrieron la puerta chirriante para encontrarse una sala totalmente vacía, sin rastro de nada ni de nadie. Se adentraron en la cabaña y encontraron una puerta al final de un oscuro pasillo. Cruzaron aquella puerta y, nada más dejarla atrás, descubrieron un cartel clavado en la pared que decía: “El mundo de las estrellas”.

—¡Ahí podremos atrapar las estrellas para nuestros árboles! —exclamó Lucas, emocionado.

—Me da miedo, pero ¡vamos! — reaccionó Bola.

Al atravesar el portal tropezaron y cayeron a tierra. Adoloridos, se levantaron y vieron unas señales que mostraban el camino hacia la lluvia de estrellas. Avanzaron por esa senda y al cabo de un buen rato notaron que cada vez hacía más calor.

—Oye, ¿no crees que hace un poco de calor? —preguntó Bola.

—Ahora que lo dices, sí, un poco, pero hay que seguir.

Ignoraron por completo el calor y siguieron caminando. Poco a poco Bola sentía que iba encogiéndose, hasta que cayó en la cuenta de que se derretía por momentos. Asustado, gritó a su amigo. Lucas se giró y, angustiado, miró a su alrededor para ver si encontraba algo que fuese útil para ayudar a su amigo. Agarró un cubo grande y le ayudó a meterse en él.

—Hay que ir rápido, Lucas. No sé si aguantaré tanto calor —apuró a su amigo el muñeco de nieve.

Lucas asintió y emprendió una carrera frenética para evitar que Bola se derritiera. Corrió y corrió hasta que se topó con una puerta en medio de la nada; tan grande era su desesperación por salvar a su amigo que, sin pensarlo dos veces, la atravesó



Al abrir aquella puerta Bola se encontró en el espacio vacío: empezó a mecerse por la falta de gravedad, y salió volando del cubo. Gracias al frío del espacio recuperó su forma. Pero los dos amigos quedaron flotando en la nada.

Cuando estaban a punto de rendirse se fijaron en que, sobre ellos, había comenzado la lluvia de estrellas. Miles de estrellas caían como meteoritos. Trataron de agarrar alguna y, cuando parecía que Bola iba a alcanzar una, abrieron los ojos y despertaron. Todo se sentía tan irreal. ¿Se había tratado de un sueño? Sin encontrar la respuesta, todavía adormilados bajaron a desayunar con su familia y alcanzaron a ver sobre los árboles una brillante y hermosa estrella.



Lidia Muñoz Almahano

16 años. Málaga (España). Colegio Puertosol

Paula Muñoz Almahano

Ilustradora

16 años. Málaga (España). Colegio Puertosol



LA NAVIDAD ENTRE REJAS

Autor: Josemaría Ferrer Cardona

Ilustraciones: Canva

Para todos, la Navidad es una época de felicidad en la cual estamos con la familia, con amigos, y celebramos especialmente el nacimiento del Niño Jesús. Pero a los habitantes de una lejana cárcel, lejos de ese ambiente festivo, les da casi igual la llegada de la Navidad. Bueno, a excepción de uno al que le encanta la Navidad, que no celebra con su familia desde hace un montón de años, los años que lleva encerrado. Pero esta vez ha decidido que la Navidad sea diferente, y va a hacer todo lo posible para sentirse rodeado de sus familiares, como antes de que lo metieran en chirona.

Este personaje se llama Nick, pero su nombre no tiene importancia, y tampoco la tienen los delitos que lo llevaron a la cárcel. Lo que importa es saber cómo anhela vivir esta Navidad con la alegría con que la celebraba antes y cómo se las apañará para cumplir ese deseo.

Nuestro amigo ha estado pensando en un plan durante largo tiempo; pero teme que no podrá llevarlo a cabo solo...

De pronto suena un golpe en la pared al que sigue una voz: —Chiss, el de la celda de al lado, ¿quieres escapar, verdad? —Nick pega su oreja a la pared, para escuchar mejor,

sorprendido de que alguien conozca su plan de fuga.

—¿Cómo sabes que intento pirármelas? —pregunta Nick.

—Es fácil, has estado acostado en silencio pensando durante muchos días, y eso en una cárcel puede significar sólo dos cosas: que estés elaborando un plan para escapar, o que estés depresivo. Si es lo primero, tranquilo, que no te delataré —promete su vecino de celda.

—Bueno, ya que lo sabes, es verdad que necesito a alguien que me ayude a escapar, pero empecemos por nuestros nombres: el mío es Nick.

—Yo soy Benjamin Hornigold, pero llámame Benjamin. Hablemos después en el comedor, que el guardia no vaya a sospechar nada.

Con la ayuda de Benjamin, el plan de Nick podrá avanzar con viento en popa, pero no se confía, no permitirá que lo descubran. ¡Si lo pillan, lo condenarían a más años de prisión!

Llega la hora de comer y los presos se dirigen al comedor.

—Tienes un plan, ¿verdad?— murmura Benjamin en voz baja.



—Sí. Aunque no está del todo concluido, te lo cuento. Aprovecharemos el tiempo de receso del almuerzo para colarnos al almacén. Durante ese rato los guardas están distraídos, por la cantidad de presos que han de vigilar. He visto que hay una rejilla en el almacén por donde podemos colarnos, y ahí es donde entras tú, pues hace falta un destornillador, y he visto que tú tienes buena mano para conseguir cualquier cosa. Además, como la rejilla está elevada, también necesito de ti para que me ayudes a trepar. Cuando yo esté arriba, te daré la mano para subir.

—Me parece bien. Aunque me resultará un poco difícil robar un destornillador, creo que sé cómo hacerme con uno.

—Perfecto. Si lo consigues, mañana escaparemos a la hora de comer.

Al día siguiente Benjamin habla con Nick sobre el plan de escape y, aunque no ha logrado obtener el destornillador, ha pescado un cuchillo con la punta rota que puede servir para abrir la rejilla del almacén.

Ya es la hora de comer y los presos tienen que ir al patio. Nick y Benjamin se escabullen por una puerta medio abierta que da al almacén.

—Nick, esto no funciona— refuñona Benjamin.

—Pues va a tener que funcionar si queremos escapar. Déjame probar a mí.

Después de que Nick forcejeara un rato, la rejilla se rompió cuando recibió un golpe seco de Benjamin, que era muy fuerte. Pero el ruido tremendo alertó a los guardias.

—Rápido, escondámonos en el armario —propone Nick a Benjamin.

—¿Quién hay ahí? —pregunta un guarda.

Tras un rato de búsqueda inútil, lo único que llama la atención del guardia es el trozo de rejilla desprendida, al que no da mayor importancia. Sale de la habitación con el propósito de llamar a alguien que repare ese desperfecto.

—Es ahora o nunca. ¡Hay que meterse ya! —anima Nick.

Benjamin ayuda a Nick a trepar hacia el hueco que ha dejado la rejilla al romperse, y Nick le extiende la mano para que suba.

Al cabo de un rato han podido encontrar una salida que da a la orilla del mar.

—¿Ahora qué hacemos? —titubea Benjamin.

—He encargado a un viejo amigo que prepare una lancha por aquí cerca, en un rincón que queda oculto a la mirada de los guardias que hacen la ronda. Pero hay que pasar un tramo de playa sin que nos vean —advierte Nick.

Los dos amigos se deslizan sigilosamente hacia la lancha entre unas viejas cajas de madera abandonadas en la playa, pero el ruido que provoca el tropiezo de una bota de Nick con el casco de una botella oculta entre las cajas alerta a un guardia.

—¡Ey!, ¿quién anda ahí?

Benjamin se levanta apresuradamente y empieza a correr para entretener al guardia y permitir a Nick que escape.

Nick aprovecha el gesto de su amigo y sube a la lancha sin que lo adviertan los guardias. Al arrancar el motor, evalúa los peligros de su plan de fuga. Será difícil que logre pasar la Nochebuena con su familia antes de que la policía se presente a buscarlo. Pero el riesgo vale la pena. Seguro que le da tiempo a acompañar a los suyos durante la cena. Después puede esconderse en un cuartucho que se habilitó detrás de una falsa pared durante la última guerra, y pasar ahí la noche. Al día siguiente escaparía, disfrazado de vieja, y la policía no sería capaz de descubrirlo. Ya en marcha, mientras cruza la ría, se acuerda con tristeza de Benjamin, que se ha sacrificado por él.

Después de unas horas Nick ya ha alcanzado la costa y solo necesita tomar un bus para llegar a su casa. El problema es que no tiene nada de dinero y no puede comprar un ticket para el bus. Mientras se ocupa en estos pensamientos un policía lo reconoce y le grita que suba las manos. Parece que lo han seguido y lo han descubierto, pero nuestro amigo no está por la labor de dejarse pillar. Obedece al policía, levanta las manos, mientras de reojo observa que, por debajo del puente donde el policía le ha dado el alto, atraviesa una vía de ferrocarril, y que en ese momento va a pasar un tren de mercancías. Sin pensárselo dos veces, da un salto y cae sobre la carga del último vagón.

—Por fin —dice Nick.

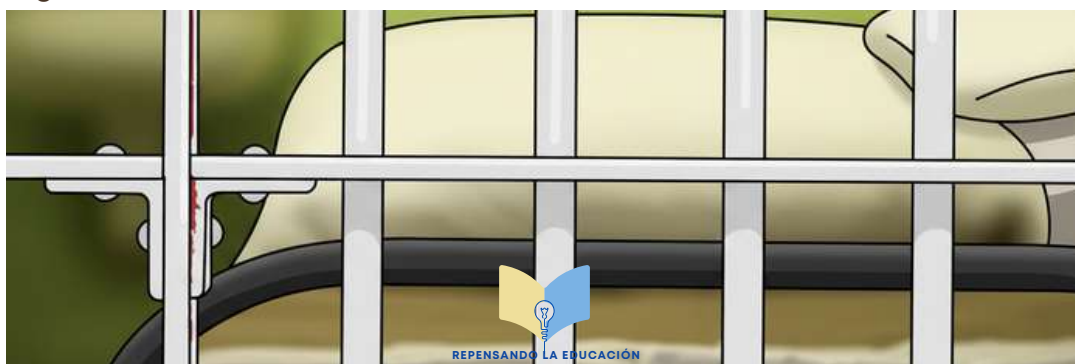
—Ya he llegado a mi pueblo, y mi casa está aquí al lado. Unos pasos más y habré cumplido medio sueño.

Finalmente Nick ha llegado a su hogar, y aunque Margaret, su mujer y su hija Deisy se quedan sorprendidas y asustadas por su inexplicable aparición, deciden aplazar las preguntas del caso y lo acogen con inmenso cariño. Nuestro amigo se siente muy feliz, emocionado por el recibimiento y por el talento de ese silencio inteligente y amoroso de las dos mujeres. Sabe que no puede quedarse con su familia ni siquiera unas horas, porque la pondría en peligro. Pero hará todo lo posible para desaparecer a tiempo, antes de que la policía dé con su paradero. Después se las compondrá como pueda para que sus perseguidores le pierdan el rastro. Su propósito firme es celebrar otras navidades en familia y con la alegría de sentirse rodeado de las dos personas a las que más ama en este mundo.



Josemaría Ferrer Cardona

13 años. Cee (La Coruña, España). Colegio Plurilingüe
Manuela Rial Mouzo



UNA NAVIDAD DE LOCOS

Autora: Paula Allo Castro

Ilustradora: Sofía Calo Castro

Aquellos días de Navidad quedaron ya muy atrás en el tiempo. Una familia se disponía a celebrar las fiestas con mucho amor y mucha felicidad. Formaban esa familia cuatro personas, a las que se sumaba un gato adoptado el 8 de agosto de ese mismo año, Día Internacional del Gato. Félix, que así se llamaba el animalito, empezaba a convertirse en un miembro más de la familia.

Pablo, el padre, muy simpático y bromista, no paraba de cantar villancicos y de contar chistes en esas fechas navideñas, vinieran o no a propósito. La madre, Bárbara,

encantadora y siempre optimista, se encargaba de preparar las comidas y los dulces propios de la navidad. Laura, la hija, ya adolescente, pasaba la mayor parte del día encerrada en su cuarto; y su tarea en esos días tan señalados consistía en decorar la casa. Al pequeño de la familia, Álex, muy alegre y a veces un poco travieso, le asignaron la responsabilidad de poner a punto el árbol de navidad, con todos sus adornos. Y, como Félix apenas llevaba cuatro meses en la casa, poco conocemos de él: lo que sí nos queda claro es su carácter muy juguetón, por lo que constituía una amenaza constante a cuanto objeto de decoración se le pusiera por delante.



Hoy se han levantado temprano. La casa desborda alegría en la víspera de la Nochebuena. La madre quiere que esté todo a punto para esa celebración tan importante, a la que concurrirán unos cuantos invitados, por lo que todos están muy atareados. Mientras Laura elabora una lista con las canciones que quiere seleccionar para esos momentos tan especiales, Bárbara prepara los dulces, Álex adorna las servilletas con divertidos dibujos, y Pablo ensaya nuevos villancicos y se esfuerza en ampliar su repertorio de chistes.

A las 12 del mediodía llaman a la puerta y asoma una cara seria.

—Buenos días. Trabajo en la inmobiliaria Techo Seguro, y traigo una orden para que desalojen la casa de inmediato.

No les queda otra opción que acatar ese ultimátum y organizar una precipitada mudanza a la palloza de los abuelos en O Cebreiro: una pintoresca construcción ovalada, sin tabiques interiores, cubierta por un tejado cónico vegetal. La vivienda está vacía desde que fallecieron los abuelos el año anterior.

A la carrera empaquetan todos los enseres, los suben a la vieja furgoneta y ponen rumbo al nuevo hogar. Con las prisas, no caen en la cuenta de que han dejado olvidado todo lo que habían estado preparando con tanto esmero para la celebración del día siguiente. Ni siquiera reparan en ese despiste cuando Bárbara avisa a los invitados de que la cena de Nochebuena se traslada a la casa de los abuelos, ¡a tres horas en coche desde Corcubión!

Dos horas después de haber dejado para siempre la casa donde habían nacido los niños, y donde habían sido tan felices, Pablo propone un descanso en una estación de servicio, para llenar el depósito de gasolina, ir al baño, comer unos bocadillos y estirar las piernas. Los adultos apenas pronuncian una palabra durante ese rato, mientras que los niños, olvidados de la pena, se revolucionan, brincan y recorren cada rincón de la gasolinera, de los servicios, de la tienda, del restaurante.

Reemprenden el camino, urgidos por las prisas de llegar a O Cebreiro antes de que se haga de noche. De pronto, Álex pregunta a todo pulmón: —¿Dónde está el gato?—. Todos se quedan petrificados. Pablo es el primero en reaccionar y da la vuelta, convencido de que encontrarán a Félix en el área de servicio de la autovía.

Desembarcan con angustia pero confiados en que aparecerá el gato en el rincón más insospechado. Se separan, cada uno buscará en un espacio de la estación de servicio: Álex, en la juguetería; Bárbara, en el restaurante; Pablo, en la gasolinera, y Laura en la tienda de música.

Lo que sigue es un absurdo total. El chico queda deslumbrado por un árbol de juguete que le parece muy bonito, y decide comprarlo previo un atrevido regateo. La adolescente Laura se ensimisma escuchando la canción “All I Want for Christmas Is You”, de Mariah Carey. El encargado de la gasolinera regala a Pablo un gorrito de Papá Noel, y se lo encaja en la cabeza mientras los dos estallan en carcajadas. Bárbara encuentra una receta de roscón de reyes muy parecida a la suya, pero mejorada.



Todos han quedado atrapados por una u otra tentación. Borran de sus recuerdos la tristeza del desalojo de la casa... ¡y también se olvidan de Félix! Peor aún: cuando recuperan la memoria del extravío de Félix, concluyen que resultará imposible localizarlo, pues en ningún sitio ha aparecido, y renuncian sin más a la búsqueda. Pero, cuando entran en la furgoneta, encuentran al bueno de Félix maullando en el maletero.

Otra vez rumbo a O Cebreiro, cada uno clavado en sus pensamientos y ocupaciones: Álex juega con el arbolito que le compró su padre a mitad de precio; Laura se abstrae en la lectura de “Harry Potter y el cáliz de fuego”; Bárbara da cabezadas, con el GPS en el seno, en una búsqueda infructuosa de la localización de la palloza de los abuelos en O Cebreiro, y Pablo lucha contra el sueño, con la vista clavada en las señales del asfalto. Es Félix —¿quién iba a decirlo?— el que a maullido limpio llama la atención de todos cuando divisa la palloza.

Entran en la casa, dejan sus pertenencias en el vestíbulo, los niños corren a elegir su rincón. Y los padres se llevan las manos a la cabeza: ¡olvidaron traer todo lo que habían preparado para la Nochebuena, y están ya en la víspera!

Han pasado unas cuantas horas de inquieto sueño, y amanece un 24 de diciembre al que no acompañan presagios alegres. Resignados, todos asumen que la Navidad es mucho más que adornos de colores, villancicos, mantecados, turrónes, panettone y rosco de reyes. Lo importante y lo que convierte estas fiestas en algo irreplicable es la compañía de personas a las que queremos y que nos quieren.

El día va discurriendo pausadamente, con un deje de tristeza y de nostalgia. Entretanto, y con mucho sigilo, su nuevo vecino —hombre bueno y cotilla como el que más— ha corrido la voz de la llegada de la familia a O Cebreiro. Y el pueblo en pleno ha decidido celebrar la Navidad con ellos.

De pronto, en el momento más inesperado, ocurre algo sorprendente. Alguien llama a la puerta. Son sus familiares y amigos de Corcubión que, avisados por Bárbara de que la cena de Nochebuena se trasladaba a la casa de los abuelos, llegan en tropel. Tras ellos, medio pueblo de O Cebreiro. Entre unos y otros traen todo lo necesario para una cena fastuosa, con las viandas más sabrosas y los dulces más exquisitos. Aquella Navidad quedó grabada en la memoria de la familia que, generación tras generación, repite el ritual del desahucio, la precipitada mudanza, el extravío de Félix y la sorpresa de última hora de una Nochebuena que trajo tantas y tantas lecciones de confianza en la Providencia de Dios.

Paula Allo Castro

10 años. Corcubión (La Coruña, España), CEIP Praia de Quenxe

Sofía Calo Castro

Ilustradora

10 años. Corcubión (La Coruña, España), CEIP Praia de Quenxe



JORGE EN UNA GUERRA LOCA

Autor: Juan Manuel Ferrer Cardona

Ilustrador: Juan Manuel Ferrer Cardona



Jorge, que debe incorporarse al servicio militar, toma una decisión arriesgada, y decide presentarse con un gorrito de Navidad para dar una sorpresa a los que van a ser sus compañeros y contribuir con un aire festivo al primer encuentro. Pero la sorpresa se la lleva él, porque cuando abre la puerta del cuartel se tropieza con un gracioso espectáculo: ¡todos, mandos y soldados, salen a saludarlo vestidos de Papá Noel!

No tarda en dar con la explicación: todos eran amigos de sus tiempos del colegio, también los mandos: el capitán era el profesor de Matemáticas.

Además, no había prisa y disponían de tiempo para celebrar a lo grande. La guerra que les espera con sus vecinos de Locolandia se había retrasado un día.

Lo cierto es que Jorge nunca había estado en una guerra tan original; bueno, si se puede decir que eso era una guerra, porque, cuando llegó el momento de empezarla, los soldados enemigos aparecieron también disfrazados de Papá Noel, de color verde, para distinguirse de los otros. Y en vez de liarse a tiros, empezaron a intercambiarse regalos. Y todo porque uno de ellos, Flavio, se había convertido en el mejor amigo de Jorge en un campamento de verano en el que participaban niños de los dos países que ahora estaban en guerra.

Pero la mayoría de los regalos se los llevaba Jorge, porque era su cumpleaños y, además, el más popular del ejército de Pasmolandia, país enfrentado con Locolandia por cuestiones de fronteras, por las

historias que les había contado Flavio el locolandés. Tantos presentes recibió Jorge que tuvo que ir corriendo a una tienda a comprar una maleta mágica, que se estiraba conforme le iban entrando regalos.

Aprovechando un momento de debilidad de los jefes, los soldados de los dos ejércitos se pusieron de acuerdo para conseguir un descanso el primer fin de semana de guerra. Y Jorge, que echaba de menos a su familia, se dispuso para ir a visitarla, aunque fuera una escapadita rápida. El camino no era largo, pero el último tramo se adentraba en un bosque muy oscuro, y era fácil extraviarse. Además, había lobos muy enfadados con los hombres, porque eran tataranietos del lobo de Caperucita Roja, y siempre les pareció una barbaridad el trato que habían dado a su tatarabuelo Tiburcio, tan sólo por comerse a una ancianita.

El único lobo que no estaba enfadado era Manuel. Y Manuel, iba guiando a Jorge con sus aullidos. Lo condujo hasta un claro del bosque donde había una cabaña abandonada. Y, cuando Jorge se acercaba a la cabaña, se llevó un buen susto: de improvisto empezaron a salir de la cabaña sus compañeros de la guerra, todavía disfrazados de Papá Noel, que saltaban y bailaban, locos de alegría, dispuestos a continuar la celebración de su cumpleaños.

Los soldados enemigos, los de Locolandia, que no quisieron ser menos, se sumaron a la fiesta-sorpresa. Habían aguardado pacientemente a que les tocara el turno, camuflados de setas. Y, en el momento oportuno, se quitaron el disfraz, y se mostraron con los trajes verdes de Papá Noel que habían estrenado en la última y peculiar batalla.

Abusando de la generosidad de los jefes de los dos ejércitos, prolongaron los festejos un día más de la cuenta, convencidos por las razones que les dio Flavio: “¿por qué no tomarse las cosas con calma y un poquito de guasa?”. ¿Y qué mejor modo de rematar la jornada que ir todos a la discoteca de Pablo, que antes de enrolarse en el servicio militar había sido un famosísimo disk jockey?

Cuando se despeja la pista de baile llega una nueva sorpresa. Manuel había sabido aprovechar muy bien el tiempo transcurrido desde que condujera a Jorge a la cabaña abandonada: convocó una asamblea lobuna y explicó a todos los concurrentes que había pasado mucho tiempo desde el lamentable episodio de la abuela de Caperucita Roja, por lo que lobos y hombres debían acordar la paz. Propuso que la mejor estrategia para cerrar las viejas heridas sería sorprender a Jorge y a todos sus amigos (también los que habían sido sus enemigos hasta ese mismo día) con un regalito especial.

Dicho y hecho. Terminados los bailes, irrumpieron en la pista todos los lobos disfrazados de renos de Papá Noel. Y a todos y cada uno de los bailarines, los de Pasmolandia y los de Locolandia, regalaron una pareja de mascotas: lobeznos tocados con caperucitas rojas.



Juan Manuel Ferrer Cardona

Autor del cuento e ilustrador. 10 años. Cee (La Coruña, España). Colegio Plurilingüe Manuela Rial Mouzo

SU NAVIDAD EN PELIGRO

Autora: Magda Antich García

Ilustraciones: Canva

Hola, soy Cristina y tengo diez años. Vivo en la calle Felicidad, en la casa 85. Y os voy a contar una leyenda antes de referirme el susto que me llevé el año pasado...

La leyenda cuenta que, hace más de uno o dos siglos, una familia llamada Los Prici perdió todo el espíritu navideño en plena navidad.

Al día siguiente todo se volvió gris en esa casa, y la casa se quedó sin habitantes, que aparentemente habían desaparecido.

En ese momento yo no prestaba atención a eso de las leyendas de miedo y todo eso. Pero...

Era el veinticuatro de diciembre cuando llegué a mi casa después de haber ido a comprar fruta a la tienda de la esquina. Yo sinceramente pensaba que iban a estar todos —mis padres, hermanos y abuelos— preparando cosas para nochebuena, pero no: cada uno estaba en lo suyo y nadie en la navidad. Mi abuela M. Dolores tejía unas cortinas; mi abuelo Fernando leía un libro sentado en su sillón; mi padre teletrabajaba como siempre a esas horas; mi madre hablaba por teléfono con una amiga; mi hermano Martín jugaba al Roblox, y mi hermana Laura celebraba una merienda con sus peluches.

Ese espectáculo me decepcionó, la verdad, pero para animar a todos y animarme, anuncié teatralmente:

—Vamos a cocinar un pastel.

—Se volvieron a mirarme... y volvieron a ocuparse en lo que estaban haciendo.

Medio desesperada, insistí:

—¿Qué queréis hacer esta noche?

Nadie me respondió, ni siquiera me miraron. Harta de todos y de que me ignoraran de esa manera, amenacé alzando más la voz: —Me voy a dar un paseo, adiós.

Para desahogarme trepé a lo más alto de una montaña que hay frente a mi casa, a solo diez minutos a pie. Permanecí mucho rato en la cumbre, con la mirada perdida en el horizonte. Me sentía triste y sola, no sabía qué hacer. Pasado un buen rato regresé a casa; cuando entré, no había nadie. Recorrí todas las habitaciones. ¡Nadie! Todo estaba gris.

—¿Papá, mamá...? —Nadie contestó.

—¿Abuelo, abuela?, ¿Martín, Laura? —.

Solo respondió el silencio.

—No tiene gracia —Volví a hablar para mí misma.



Después de una larga búsqueda por todos los rincones me cansé y, desanimada, dije entre lágrimas: —¡No puedo más!, no entiendo qué ha pasado.

Entonces cerré los ojos y me puse a recordar momentos divertidos, como cuando mi padre me enseñaba a montar en bici y yo me caía y me enfadaba con la bici; cuando mi abuela, mi madre y yo hacíamos pasteles, y yo me comía la mitad de la masa; cuando mi abuelo me enseñaba a leer, o cuando mi hermana, mi hermano y yo jugábamos a la cafetería.

Cuando volví a abrir los ojos... ¡ocurrió algo increíble! Estaban todos sentados a la mesa en animada conversación, y la casa resplandecía maravillosamente decorada. Mi madre me invitaba, sonriendo: —hija, ven a sentarte a mi lado. Me acomodé, feliz, junto a ella, y repasamos juntas los mejores momentos del año.

La noche fue inolvidable, nos lo pasamos genial hablando y recordando.

Fue la mejor noche de mi vida, después de haber sido la peor durante unas horas que me parecieron siglos.



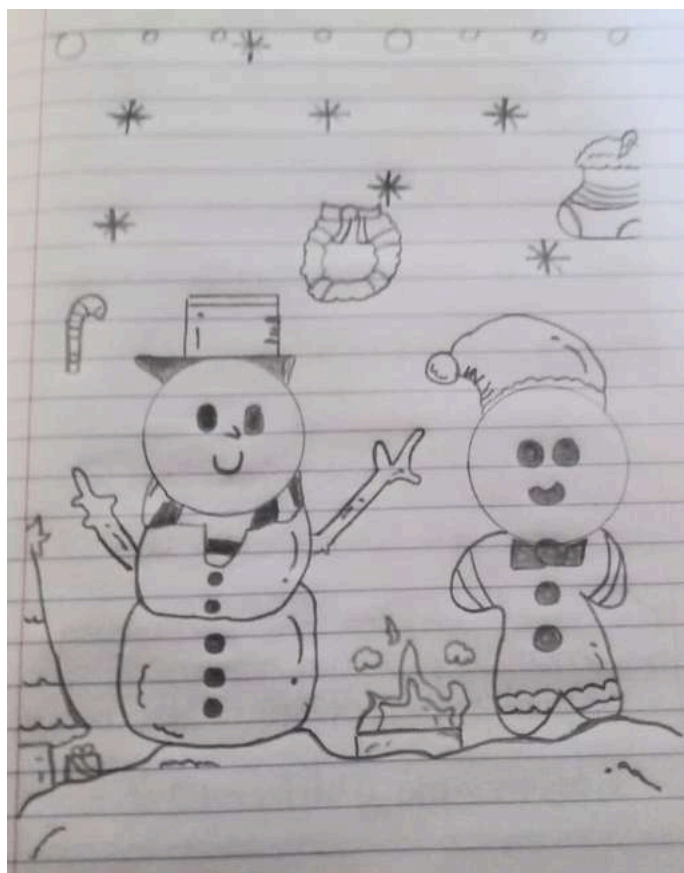
Magda Antich García

10 años. La Cala del Moral (Rincón de la Victoria, Málaga, España). Colegio León XIII

NIEVECITO Y GALLETITA EN SUS AVENTURAS

Autor: Jerónimo Aguirre Morales

Ilustrador: Jerónimo Aguirre Morales



En un pueblo mágico, donde la nieve caía suavemente y los árboles estaban cubiertos de nieve, había un muñeco de nieve llamado Nievecito.

Era muy especial, tenía ojos de carbón y una sonrisa muy bonita. Nievecito era muy amable pero vivía solo y aburrido. Cuando de la nada surgió

una galleta de navidad que buscaba amigos, Nievecito que la vio muy triste, decidió ir a jugar con la galleta, que se llamaba Galletita y tenía ojos de chocolate y una sonrisa de azúcar.

Se volvieron los mejores amigos. Se hizo de noche y se despidieron. Al día siguiente volvieron a encontrarse y de nuevo jugaron hasta la noche. De

repente se escuchó un ruido en la casa. Era Santa Claus que había llegado para dejar regalos.

—¡Ho, Ho, Ho! ¡Feliz Navidad, amiguitos! Veo que están jugando juntos. Me gusta ver a los amigos disfrutar de la Navidad.

Santa les dio a Nievecito y a Galletita unos regalos. Cuando los abrieron, vieron unos coches muy bonitos y más cosas. Nievecito y Galletita se pusieron muy felices, sabían que la Navidad era un momento mágico y que ellos eran afortunados de tener a Santa y a sus familias esa noche. Decoraron la casa con luces de colores y un árbol de Navidad de color blanco muy hermoso. También adornaron afuera y después de eso Nievecito invitó a Galletita a que se quedara. Galletita accedió, vieron películas de Navidad y cuando les dio sueño se fueron a dormir.

Al día siguiente desayunaron y se fueron a explorar el Polo Norte y se encontraron de nuevo a Santa y vieron a Rodolfo, el reno, muy feliz por estar encargado de entregar a los niños muchos regalos hermosos. Y acompañaron a Santa a repartir regalos. Después de todo eso terminaron muy cansados, pero como vieron que ya casi era 24 de diciembre, celebraron felices hasta la noche. Y así termina este cuento. ¡Feliz Navidad!



Jerónimo Aguirre Morales

*Autor del cuento e ilustrador. 10 años. Bogotá (Colombia).
Colegio Distrital Garcés Navas*



UNA GRAN AYUDA

Autor: Giovanni Ceratto

Ilustrador: Giovanni Ceratto



En una pequeña población de Galilea llamada Nazaret vivía junto a María un perrito muy adorable y gentil, al que María le contaba todo, como, por ejemplo, que prontito tendría un bebé, y que ella estaba por casarse con José.

Las noticias del nacimiento de su hijo,

el Niño Jesús, llegaron hasta el castillo del rey Herodes, que estaba muy enfadado porque, según le dijeron, las profecías habían anunciado que ese niño sería rey. Por eso, por temor a perder su corona, ordenó que mataran a todos los niños nacidos en Belén y alrededores menores de dos años.

Cuando el perrito conoció esa amenaza, corrió a avisar a María del peligro. Y, para ganar tiempo, pidió un pase a los Reyes Magos, que ya iban de regreso a sus casas. Aunque les extrañó la petición del perrito, Melchor lo hizo subir a su camello, que era el más fuerte.

Al llegar a la gruta de Belén donde había nacido Jesús, el perrito vio, asustadísimo, que un soldado se disponía a matar al niño Jesús con su espada. Pero se armó de valor y, como era muy veloz y fuerte, alcanzó a detener el golpe de la espada, y salvó la vida de Jesús.

¿Por qué no será tan conocida como debería serlo esta historia de un perrito héroe que, con su valentía, salvó a la Humanidad y la llenó de felicidad y contento?



Giovanni Ceratto

Autor del cuento e ilustrador. 10 años. Samarate (Varese, Italia). Escuela Primaria Don Carlo Cozzi

EL PERRO RAPERO

Autores: Alberto Ferreiro Corral, Tatiana Corujo Otero

Ilustradores: Iara Corujo Da Costa, Alberto Ferreiro Corral

Había una vez una niña que se llamaba Evelyn. Tenía 8 años, era bajita y de ojos azules. Casi siempre estaba enfadada porque era muy envidiosa y aunque tenía muchas cosas, quería más y más. Evelyn tenía muchos perros de muchas razas y uno de ellos era rapero y ladraba rapeando. Otros eran perros detectives. ¡Ah, y casi me olvido! El perro rapero, aunque parecía malo, tenía un corazón gigante.



Llegó la Navidad y Evelyn quería miles y miles de regalos. Pensó un plan para robar los regalos de todos los niños y niñas. Le dejó a Papá Noel un vaso de leche con una pastilla para dormir. Papá Noel vino, bebió y se quedó muy dormido. Entonces Evelyn cogió los regalos del saco y los abrió todos. Luego los escondió en su armario, que era gigante.



Por la mañana no había regalos en las casas y todos los niños estaban muy tristes. Todos menos Evelyn, claro. Papá Noel seguía dormido, sin despertar. Cuando acabó el día y Evelyn se fue a dormir, el perro rapero y sus amigos los perros detectives, que lo habían visto todo, despertaron a Papá Noel, y lo llevaron hasta el armario gigante. Y por fin Papá Noel pudo repartir los regalos. Y a Evelyn, por ser tan avariciosa, sólo le dejó ¡una caja llena de comida para perros!



Alberto Ferreiro Corral

8 años. Finisterre (La Coruña, España). CEIP Mar de Fora

Tatiana Corujo Otero

Coautora del cuento. 52 años. Finisterre (La Coruña, España)



Ilustradores

Iara Corujo Da Costa

13 años. Finisterre (La Coruña, España). IES Fin do Camiño

Alberto Ferreiro Corral



OVEJAS QUE HABLAN DE JESÚS

Autora: Lucia Ceratto

Ilustradora: Lucia Ceratto



Santa Claus tenía muchos renos que despedían luz cuando caminaban, sobre todo uno, su favorito, que se llamaba Rudolf; y con esos renos Santa Claus llevaba muchos regalos a los niños en la noche de Navidad. Pero hoy no quiero hablar de él ni de Rudolf, ni de los otros renos, sino de tres Reyes Magos que también traen regalos unos cuantos días más tarde, cuando ya ha entrado el mes de enero.

La primera vez que se supo de los Reyes Magos fue cerca de la gruta donde iba nacer el Niño Jesús, adonde habían llegado siguiendo una estrella cometa que surcaba el cielo y les indicaba el camino para ir al lugar donde nacería Jesús, el Niño Dios. Al empezar la marcha, cada uno preparó el regalo que pensaba entregar a Jesús en su visita: oro, Gaspar; incienso, Melchor, y mirra, Baltasar.

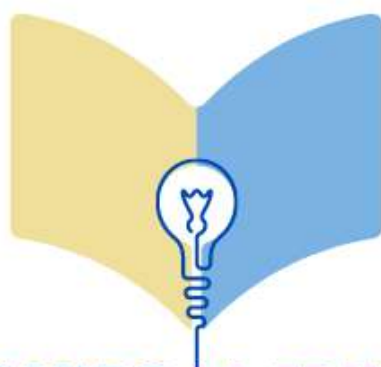
El último aviso que recibieron, cuando ya estaban llegando a Belén, fue a través de la conversación de mil ovejas, muy charlatanas, que hablaban entre ellas en voz alta de algo muy bonito que iba a suceder: ¡el Nacimiento de Jesús! También comentaban que la mamá del niño se llamaba María, y que era una muchacha muy guapa y buena, y que San José, un hombre muy bueno y trabajador, hacía las veces de papá de Jesús.

Y aquí os dejo con este minicuento, que de cuento tiene poco, porque es la purita verdad de lo que vivió esa hermosa familia de Belén, que fue tan feliz con la linda compañía de ese Niño.



Lucia Ceratto

Autora del cuento e ilustradora. 8 años. Samarate (Varese, Italia). Escuela Primaria Don Carlo Cozzi



REPENSANDO LA EDUCACIÓN
La Revista Digital

Suscríbete a la Revista
Virtual Repensando la
Educación Aquí

AQUÍ ENCUENTRA EDICIÓN ESPECIAL EN LÍNEA